

JENNIE GREEN



el Amor de mi vida



¡TENTADORA, IRÓNICA Y ROMÁNTICA!

NOVELA

JENNIE GREEN

el 
Amor
de mi
vida 

¡TENTADORA, IRÓNICA Y ROMÁNTICA!

Este libro es producto de la imaginación del Autor. Los nombres, personajes, lugares y eventos son ficticios. Cualquier referencia a hechos o personas reales es puramente coincidencial.

El amor de mi vida

Diseño gráfico por © Jennie Green

© mayo de 2024 Jennie Green

Este libro contiene material protegido por derechos de autor y no puede ser copiado, reproducido, transferido, distribuido, alquilado, autorizado o transmitido públicamente, o utilizado de cualquier otra manera excepto en la medida específicamente autorizada por el editor, según los términos y condiciones en los que fue adquirido o según lo expresamente previsto por la ley aplicable.

El amor es como un acosador,
siempre te encuentra.

- Rujada Atzori -

Del mismo autor

La primera cosa hermosa
Sólo una pequeña herida

El amor de mi vida

A vosotras, mis fieles y
adorables lectoras.

A mis hijos, sustancia
de mis días.

A Zago, porque eres
mi OHANA.

Capítulo 1



Gran dilema diario: en menos de diez minutos debo estar en la oficina para una reunión importante con un nuevo cliente que, según el jefe, Lombardi, permitirá que nuestro estudio dé el gran salto, y por supuesto, estoy terriblemente retrasada, todavía en casa y al otro lado de la ciudad desde donde debo llegar

¿Lo lograré? Lo dudo. Me pongo el último pendiente de aro, agarro el bolso y salgo disparada de la habitación. Carlotta sale de la cocina y me mira como si fuera un alienígena merodeando por la casa.

—¡Eh, llegas tarde!—me señala sosteniendo una taza de café.

¡Como si no lo supiera ya!

—Déjalo. ¿Has visto las llaves del coche?—pregunto haciendo volar todo, desde los cojines del sofá hasta las revistas esparcidas sobre el escritorio.

—Las dejaste en el suelo, frente a la entrada—responde resignada.

Está acostumbrada a todo esto, todas las mañanas pierdo algo.

—¿En el suelo?—Estoy estupefacta.

—Sí. ¿Al menos recuerdas algo de anoche?—se ríe divertida.

Vale, admito que no, no recuerdo nada, tal vez exageré con un par de copas de más. Buenos propósitos para el nuevo año: dejar de beber o al menos moderarme cuando estoy fuera con las amigas.

—No tengo tiempo para charlar ahora. ¡Estoy tarde y tú me preguntas si recuerdo algo de anoche! Me voy que es mejor—digo agitada.

Estoy a punto de salir de casa, pero luego vuelvo atrás y asomo la cabeza por la puerta principal.

—¿No me deseas suerte ni siquiera?—finjo estar ofendida.

—No hay tiempo, corre que llegas tarde, ¿y ahora quieres ponerte a charlar?—se burla de mí y me guiña un ojo.

—Recuerda que esta tarde tenemos que ir de compras y terminar de hacer los regalos.

Maldición, ya se me había olvidado.

Todavía tengo que comprar algo decente para mi madre, para esa bruja de mi hermana y para mi padre que vendrá solo mañana porque está fuera por trabajo. Cualquier regalo que les dé a esos tres monstruos, seguramente tendrán algo que decir. Faltan pocas horas, solo once malditas horas antes de la tortura de la víspera, y luego, tendré que soportar a toda mi familia, el caos, los platos por lavar, la comida interminable para comer y luego digerirla para la próxima Navidad.

No faltarán las preguntas más invasivas y minuciosas de mis queridas tías metiche, Caterina y

Clara, que no hacen más que preguntarme cuándo formaré una familia, y sobre todo cuándo traeré al mundo a unos monstruos que deberían correr por la casa gritando como poseídos por algún mal oscuro, y un esposo al que debería cuidar y lavarle los calcetines y calzoncillos. ¿Estamos bromeando? No quiero ser inundada con pañales malolientes, regurgitaciones en mis suéteres de marca y heces aplastadas en mi cabello. Y luego, según ellas, debería compartir mi cama y mi vida con un hombre, que probablemente mientras mira los partidos, bebe cerveza y eructa sin parar.

¡No lo pienso hacer!

Ya tengo mis propios planes que seguir adelante. Un trabajo gratificante, un hermoso ático en el centro de Milán, una empleada doméstica a la que pago generosamente para que haga todas las tareas de la casa en mi lugar, un shopping compulsivo al que dedico al menos un par de horas todos los días, una compañera de piso a la que amo más que cualquier otra cosa en el mundo. No necesito a un hombre que me encadene en casa y me haga hinchar como un globo aerostático, solo porque ha decidido que es el momento de procrear sus herederos.

No tengo tiempo para el amor. Y además, este sentimiento solo trae problemas. Tengo pruebas. He visto a tantas personas sufrir. En primer lugar, mi padre.

Años de sufrimiento, decepciones y carencias pasadas tratando de olvidar, perdonar y seguir adelante. Tal vez cuando alguien te decepciona, automáticamente dejas de creer en muchas cosas. Cuando son las personas que deberían cuidarte las que te lastiman, el dolor es doble y la curación aún más larga. Mi padre logró perdonar a mi madre, pero yo no. Tengo tanto miedo de cometer los mismos errores que evito las relaciones como la peste. Me he permitido solo noches divertidas y locas, llenas de alcohol y sexo ocasional. Evito sufrir a manos de otros, dejando de esperar y soñar con cuentos de hadas que no existen, y no arriesgo hacer sufrir a nadie con ilusiones. Porque eso es lo que son los sentimientos: ilusiones. Ya no creo en nada y no tengo tiempo para el amor. De hecho, es el amor mismo el que me evita, por eso nunca me he enamorado. Siempre he tenido romances fugaces que duran como máximo un mes. Todos mis ex han intentado pedirme algo más, pero siempre he salido corriendo.

Me miro en el espejo una última vez, agarro el cepillo que está sobre la cómoda en la entrada y me intimido a mí misma.

Yo, Mia Balzotti, declaro que quiero pudrirme sola, y subrayo, sola, en mi modesta casa, en mi vida de siempre y no necesito nada. Nada, ¿entendido?

Sonríó y miro a mi alrededor.

Amo mi casa con muebles blancos y paredes pintadas, mi obsesión por el orden. Amo todo de mi vida y así debe permanecer todo. Me cepillo el largo cabello rubio, tomo un poco de brillo de labios y lo aplico en mis labios con un dedo.

Miro a Carlotta que se ha quedado con la boca abierta mirándome, y vuelvo a poner los pies en la tierra, no tengo tiempo para responderle, ¡he perdido suficiente tiempo pensando! Sacudo la cabeza y salgo disparada de casa.

Ya es seguro, llego tarde. ¡Qué vergüenza haré!

¡Seguramente ninguna buena! En el rellano veo llegar al señor Trombetti cojeando. Con una mano aferrada al bastón y la otra apoyada en la pared para sostenerse mejor.

¡No, ahora no! Si me detiene para hablar como de costumbre, llegaré a la oficina para Año Nuevo del próximo año. Decido tomar una medida arriesgada. Hago un slalom peligroso pasando al señor Trombetti que me insulta con su bastón y me deslizo corriendo hacia el ascensor.

—Siempre la misma historia con esta mal educada—lo escucho murmurar mientras las puertas del ascensor se cierran.

Sonríó antes de desaparecer de su vista y él me fulmina con la mirada.

Busco el coche y lo encuentro estacionado horriblemente, casi en medio de la calle. El teléfono móvil suena y respondo mientras me catapulto al coche lanzando el bolso en el asiento trasero.

—Hola—digo con el aliento entrecortado.

—Mia, ¿dónde estás? Lombardi y los demás ya están listos—me comunica Martina, mi secretaria, en pánico.

—Voy, voy...—la tranquilizo, y mientras tanto, maldigo contra una anciana que cruza las rayas peatonales a dos por hora, ¡una caracola ya la habría adelantado!

Cuelgo y enseguida el teléfono suena de nuevo.

—¡Hola!—respondo molesta.

—Hola, gatita—dice una voz cálida, masculina y no identificada para mí, que parece que está a punto de tener un orgasmo múltiple mientras pronuncia las palabras con claridad.

Ahora también el maniático telefónico.

—Lo siento, pero creo que te has equivocado de número—. Estoy a punto de colgar.

—Mia... ¿no eres tú, Mia?—Su voz de repente se vuelve fría como un helado.

—Sí, soy yo...—murmuro preocupada.

—Entonces eres mi gatita—. Ahora se ríe descaradamente.

¿Pero quién demonios es? ¿De dónde ha salido?

—¿Puedo saber con quién estoy hablando?

—Samuele...—responde como si fuera lo más obvio del mundo.

¿Y quién diablos es Samuele?

Busco en vano recordar esta voz, o al menos su nombre, pero nada, no sé quién es ni cómo tiene mi número.

—¿Debería decirme algo tu nombre?—pongo el teléfono en manos libres y sigo conduciendo de manera temeraria.

—Nos vimos anoche y... bueno, te quedaste pegada a mis labios toda la noche. ¿Recuerdas, verdad?—presume un poco.

—No, lo siento, no recuerdo...

—No puedo creerlo, estabas demasiado concentrada en mis labios para haberme olvidado tan rápido!

—Bueno, créelo. No recuerdo haberte conocido, tabula rasa, ¿entiendes? Ahora, discúlpame, pero debo irme...—Cuelgo sin darle tiempo a replicar.

Llego disparada frente al edificio donde trabajo. Entro apresuradamente, haciendo sonar los tacones, creando un ruido molesto tanto que todos se voltean de mala manera con los ojos puestos en mis *Jimmy Choo*. Miro desanimada el reloj mientras presiono con el dedo el botón para llamar al ascensor.

Mierda, no baja y realmente estoy tarde. Miro a mi alrededor y noto una multitud de personas corriendo hacia mí. Oh no, en menos de un minuto estaré obligada a compartir el ascensor con todos y no soporto estar en lugares abarrotados, especialmente si el espacio a mi disposición es como el refrigerador de mi casa.

¡Mierda!

Decido a regañadientes tomar las escaleras. Subo las primeras rampas de dos en dos para apurarme, pero luego desacelero porque mis piernas comienzan a flaquear. Hago una breve

pausa y mientras me estoy masajeando los tobillos, un hombre bajando las escaleras me da un empujón sin siquiera disculparse.

—Perdón...—comento en voz alta.

El tipo, sin siquiera mirar atrás, levanta el dedo medio y sigue bajando corriendo como si nada.

Me gustaría seguir a este patán para abofetearlo, pero estoy demasiado tarde para perder tiempo con un idiota torpe y maleducado. Sigo subiendo y llego a la sala de reuniones jadeando.

—Todos se han ido—dice Martina a mis espaldas, sosteniendo papeles en la mano.

—¡Mierda!—dejo escapar.

—Incluso el Sr. Falconi acaba de irse.

—¡Perfecto! Estoy en problemas. ¿Quién se enfrentará a Lombardi ahora?—pregunto tratando de recuperar el aliento.

Martina encoge los hombros como diciendo: «*No son mis problemas*», y se va, balanceando sus tacones.

La miro fijamente por un momento. Nunca la he soportado desde que trabajo en este estudio. Es una presumida arrogante, y me gustaría agregar otras palabras poco amables, ¡pero ni siquiera quiero pensar en ellas! Las otras colegas tampoco la soportan y, de hecho, cada vez que organizamos alguna salida juntas, ella no está incluida porque nunca la invitamos.

Dios, basta de perder tiempo, enfoquémonos en el problema principal: Lombardi. Bueno, al menos hoy me destrozará como un lobo feroz y me entregará como comida a sus compañeros de manada. Trato de darme ánimos, ajusto el traje con manos temblorosas y me dirijo a su oficina. Toco y espero que me dé permiso para entrar.

—Perdón—digo con voz baja al entrar.

Lombardi, que está ocupado ordenando papeles que ha esparcido por toda su mesa, levanta la mirada hacia mí y me fulmina con la mirada. Está más oscuro que mi traje, y lo veo muy, pero muy duro para mí y mi seguridad.

—¡Has dejado escapar al cliente más importante de este estudio! ¿Sabes cuánto tiempo me llevó convencerlo de confiar en nosotros?—me gruñe levantándose.

—Lo siento—. Estoy realmente mortificada, me doy cuenta de que soy un completo desastre.

Debo poner orden en mi vida, o de lo contrario perderé mi trabajo.

Mi vida está tan desordenada.

Paso casi todas las noches de juerga en los bares de Navigli, siempre vuelvo a casa borracha y por la mañana me cuesta entender quién soy.

Mi madre me ha estado reprochando desde que era adolescente por ser demasiado libertina. Tiene razón, últimamente no puedo contenerme. Me encanta divertirme. Me gusta conocer gente nueva y dejarme cortejar, algo que sucede todas las noches. Colecciono propuestas indecentes y nunca me dejo llevar por el amor, ese es el secreto de mi eterna juventud. Tengo treinta y cinco años y lo único que quiero es disfrutar de la vida y no enredarme con un hombre que probablemente después del primer año de matrimonio me regalará un cesto de caracoles para llevar en la cabeza como recuerdo.

No, no quiero ataduras, solo quiero divertirme. El amor complica la vida y ya está. Aunque mi vida desequilibrada ha puesto en peligro mi trabajo muchas veces, estoy bien así.

—El punto es este, querida Mia, no me importa si eres la abogada más valiosa que tenemos aquí. O arreglas la situación o puedes considerarte despedida...

¡Con la palabra *despedida* casi me desmayo! Amo demasiado mi trabajo y no quiero correr el riesgo de perderlo.

—¿Qué debo hacer?—digo con la cola entre las piernas.

—Ve inmediatamente a casa de Falconi. Ahora lo llamo y lo aviso de que vas.

—Está bien...—Estoy a punto de ir hacia la puerta pero me detengo indecisa.

—Pero es Nochebuena—lloriqueo.

—No me importa. ¡Ve!—Me hace un gesto con la mano invitándome a salir inmediatamente de su oficina para ir con el cliente, o tal vez simplemente a la mierda.

Salgo corriendo y en el coche llamo a Carlotta para preguntarle si quiere acompañarme.

Capítulo 2



Regreso a casa agitada y nerviosa. Carlotta ya está lista, mientras que yo quiero cambiarme de vestido, pues tengo una cita con el señor Falconi en tres horas. Tengo todo el tiempo para tranquilizarme y luego enfrentar al enemigo número uno.

Saco de mi armario una fila de vestidos que terminan amontonados uno sobre otro en la cama. Quiero, más bien debo, estar impecable. Debo trabajar bien al querido señor Falconi, porque si lo dejara escapar, podría perder incluso mis bragas, porque Lombardi realmente me superará fuera del estudio.

—Miaaaaaa—trina Carlotta entrando en mi habitación, y casi me da un ataque.

—¿Por qué gritas?—pregunto sorprendida.

—Pensé que ya estabas en la ducha. Escucha...—Se sienta en mi cama, sobre mis pobres vestidos, cruza las piernas y se pone seria.

Cuando comienza una conversación con la palabra «escucha» significa que tiene algo loco en mente para que haga.

—Pensé...—insiste.

¡Cuando piensa, realmente me da miedo!

—¿Qué?—la animo a hablar.

—Hemos vivido aquí durante años...—se interrumpe.

—Y...—la demora me preocupa, alarga demasiado el asunto.

—Dado que...—se detiene nuevamente.

¡Es como las luces del árbol de Navidad que tenemos en la sala de estar, habla intermitentemente!

—Carlotta, cariño, escucha...—Me siento a su lado y tomo sus manos envolviéndolas con las mías. Sonrío, parpadeando.

—O te apresuras a hablar y evitas toda esta ansiedad o me lo dices otro día... tenemos que salir pronto, ¿recuerdas?

—¡Perdón!—Retira las manos de las mías y se arregla el pelo, haciéndolo ondear de un lado a otro.

—Pensé en cambiar el color de las paredes de la casa...

¿Toda esta espera para decirme esto?

—¿Estás bromeando?

—¡Vamos, basta de todo este blanco! Incluso las bragas y el sujetador que usas son siempre blancos. ¡Siempre todo blanco! ¡Qué aburrimiento!

—Llevo un traje negro ahora, ¿no lo ves? ¡No siempre llevo todo blanco!—Lo admito, me

encanta el blanco.

Y bueno, estoy un poco obsesionada y los cambios me asustan. ¡Lo único blanco que me da urticaria es el vestido de novia! Dios mío, solo de pensarlo me estremezco.

—El punto es que...—¡Aquí vamos de nuevo!

—¿Qué? Carlotta, si nos retrasamos por tu culpa, te cambio la cara, ¡lo sabes!—digo impaciente.

—No tendrás que hacer nada, yo pago todo. ¿Te parece?—Casi me suplica.

—En la sala de estar estaba pensando en un bonito color lavanda, que con los muebles blancos quedaría divino...—Se levanta y gesticula pasando las manos por las paredes de mi habitación.

—Incluso haría un estarcido, para que el color sea más...

—¡Alto, ya está bien... lavanda nada! Quitá esas manos de mis paredes y lárgate, déjame terminar de arreglarme...—La empujó fuera de mi habitación, mientras ella trata de aferrarse al suelo para evitar ser expulsada, pero cada intento suyo es en vano, porque logro cerrarle la puerta en la cara, suspirando aliviada.

¡Finalmente sola!

Cojo un vestido negro para desmontar la teoría de Carlotta de que solo me gusta el blanco y cuando me lo pongo, me siento fabulosa de inmediato.

Retoco un poco el maquillaje y estoy lista.

Salgo de mi habitación y encuentro a Carlotta mirando fijamente las paredes de la sala de estar, con una mano bajo la barbilla y la otra apoyada en el vientre lista para sostener el otro brazo. ¡Santo cielo, será difícil hacerla desistir!

Capítulo 3



Hemos estado en el coche durante veinte minutos y Carlotta no ha dejado de hablar en ningún momento.

Ahora que se ha metido en la cabeza que tenemos que cambiar el color de las paredes de la casa porque el blanco la oprime, no va a soltar fácilmente la idea, al menos hasta que consiga lo que quiere. Pero yo soy más terca que ella y ella lo sabe perfectamente.

Estoy agotada, me duele el trasero y estoy deseando bajarme de este maldito coche. Me gustaría hacer una pequeña parada, pero necesito arreglar el desastre de esta mañana.

—Si no volvemos para cenar, tus padres como mínimo nos despedazarán y nos servirán en la mesa mañana por la noche.

Me vuelvo hacia ella y la miro fijamente. Siempre es tan hermosa. Tiene el cabello color miel, que se vuelve aún más claro al sol, los ojos azules celestes y muy grandes, los labios carnosos y la piel clara. Para mí ella es perfecta, podría ser modelo con el físico que tiene, pero en cambio está obligada a estar detrás de un escritorio y soportar los constantes arrebatos de los clientes entrometidos del banco donde trabaja.

—¡No quiero ni pensar en eso! ¿Tienes idea de lo que nos espera esta noche?—lamento desesperada solo al pensarlo.

No soy de las que odian la Navidad como el Grinch, al contrario, me vuelven loca las luces dispersas por la ciudad, irradian calor cuando caminas por la calle, me encanta dedicarme a decorar la casa y la magia que solo la Navidad puede brindarme. Lo que detesto es pasar dos días infernales con mis parientes. Mi familia no está compuesta por personas normales, ellos absorben todas mis energías, critican todo lo que hago, en resumen, ¡son una pesadilla si queremos decirlo todo! Por suerte, también este año Carlotta vendrá conmigo. Esa es la belleza de tener una compañera de piso, además de mejor amiga, ¡pero sobre todo soltera! Una como Carlotta es difícil de encontrar, ella siempre da sin pedir nada a cambio.

Carlotta es mi todo.

—Piensa si nos pasa algo y no podemos ir a casa de tu madre, ¡como mínimo te odiará todo el año!—se burla, sabe muy bien cómo es mi madre.

La despiadada Teresa Ragusa, siciliana por dentro y por fuera, siempre lista para burlarse de mí porque las hijas de sus amigas del puente están casadas y ya tienen hijos. Tienen todo lo que según mi madre yo no tengo, y que debería tener, ¡porque mi reloj biológico está a punto de caducar como un jugo de frutas olvidado en la nevera durante más de un mes!

—¡Dios mío, no lo menciones! En ese caso, ¡tú inventarías algo, como siempre!—me río, recordando todas las veces que me ha cubierto cuando metía la pata.

Hemos sido amigas desde la secundaria y ha habido muchas veces que me ha sacado de apuros.

—No, basta. ¡En algún momento tu madre me matará!—dice divertida.

Estallo en risas.

Mi teléfono comienza a sonar y contesto de inmediato.

—Hola—digo mientras sigo riendo por el comentario de Carlotta.

—Gatita, ¿ahora te acuerdas de mí?

Dios mío, otro maniático.

—No, es inútil que sigas llamándome—respondo con un tono ácido, como una verdadera zorra.

—¡Pero vamos, cómo es posible! Entonces hagámoslo así, ¿por qué no nos vemos y te refresco la memoria besándote como anoche?

¡Pero qué descarado!

—Olvidalo—cuelgo indignada.

Después de unos segundos, me doy cuenta de que Carlotta me está mirando, me giro hacia ella y encogiéndome de hombros con inocencia.

—¿Quién era?—Ella siempre está curiosa, así que imagínate si no iba a preguntar.

—Qué sé yo, algún tipo que dice que me encontró anoche e incluso afirma que nos besamos toda la noche—cuento.

—Mía, deja de beber, mira lo que haces, besas a la gente y ni siquiera lo recuerdas—comienza con el sermón habitual.

—¿Pero crees que si fuera cierto no me acordaría?—digo seriamente, aunque no estoy del todo convencida de lo que acabo de afirmar.

—¡Deja de todas formas!—insiste.

Me detengo a mirarla, quizás un poco demasiado, porque las ruedas de mi coche comienzan a patinar, intento frenar, pero choco contra otro coche creando un ruido ensordecedor. Carlotta está más que sorprendida y yo me siento aturdida y adolorida.

—Mierda, el coche!—exclamo bajando corriendo seguida de Carlotta.

Nos encontramos frente a dos tipos furiosos, mirando el parachoques trasero de su flamante Mercedes.

Seguramente lo era más antes del impacto con mi Mini, que no tengo el coraje de mirar para ver qué daño le he hecho, ya que he golpeado un coche que es el doble que el mío. Al ver la situación, creo que he causado un desastre, incluso sale humo, el golpe fue bastante fuerte, pero por suerte no nos ha pasado nada. Claro, ahora es mejor que me aferre bien a mi trabajo, ¿cómo voy a pagar este daño?

—¿Pero dónde diablos estás mirando?—me grita uno de los dos.

Lo observo. Demonios, es realmente guapo. Tiene un físico imponente y con la camiseta ajustada se pueden ver claramente unos bíceps bien definidos. Los ojos muy claros y fríos, que ahora parecen decir solo una cosa: ahora desmonto tu coche y me lo como para desayunar.

—Lo siento mucho, estoy realmente avergonzada. Pero yo...

—Gatita?—una voz detrás de mí.

Me giro lentamente, como si tuviera miedo de hacerlo. Reconozco su voz, ahora veremos si realmente conozco a este loco acosador.

—¡Pero mira qué pequeño es el mundo!—Viene hacia mí, me abraza como una medusa y me levanta.

Dios mío, el maniaco es tan grande que podría romperme la espalda con un simple abrazo.

—Bájame—le suplico mientras me retuerzo como una serpiente.

Me deja en el suelo y logro respirar de nuevo.

—Entonces, ¿te acuerdas de mí? Mierda, estás divina incluso hoy—dice tomándome una vez más entre sus brazos.

¡Pero quién te conoce! Quisiera gritar a voz en cuello. Me limito a sonreír, mientras el otro tipo parece ser uno que no quiere entablar conversación.

—Tu coche está perdiendo agua...—me señala.

Logro encontrar el coraje para echar un vistazo a mi pequeña y desearía nunca haberlo hecho. ¡Destrozada, he destrozado a mi querida Carolina! Casi me desmayo.

—¡Mierda! ¿Por qué a ella? ¿Por qué le has hecho esto?—Levanto los brazos al cielo.

—Pero ¿con quién estás hablando?—Carlotta me agarra del brazo.

—Estamos oficialmente jodidas!—exclamo desesperada.

—La próxima vez ten más cuidado...—dice el amigo del acosador con un tono duro.

—¡Claro!

El señor simpatía me mira con desagrado.

Cojo el móvil y trato de llamar al servicio de asistencia en carretera, pero nada, no hay señal. *¡Genial!* ¡Al diablo la tecnología que nunca funciona cuando la necesitas!

—¿Tu móvil tiene señal?—le pregunto a Carlotta.

Saca su teléfono del bolso, lo levanta hacia arriba y dice: —No, hermana, ¡mi móvil también está muerto!—Hace una mueca.

¡Cada vez peor!

Miro a mi acosador y sin que formule la pregunta, él mira la pantalla de su móvil.

—Nada, tampoco hay señal en el mío—me guiña el ojo, como si estuviera contento con eso.

Lo escruto y busco en sus rasgos algún recuerdo de la noche anterior. También es guapo, tiene cara de pícaro, con ojos muy claros y cabello oscuro. Musculoso en el punto justo. ¿Por qué su rostro y su presencia no me dicen nada? Me doy cuenta de que el tipo simpático me está mirando fijamente. Aparto la mirada y finjo mirar en otra dirección. Carlotta camina de un lado a otro, golpeando el asfalto con los tacones altos.

Está tan nerviosa como yo, con la diferencia de que si no encuentro una solución en una hora, oficialmente estaré desempleada.

Vale, Mia, piensa, reflexiona.

¿Cómo puedo llegar a Cassano d'Adda?

Me encogí de hombros.

—Tenemos que buscar ayuda—sugiero.

Carlotta asiente sin decir nada, mientras los dos tipos intercambian una mirada furtiva y luego ponen sus ojos en mí.

—Hay una gasolinera más adelante—indica el acosador hacia el norte.

—Bien. ¿Vamos?—hago un gesto a Carlotta.

—Oh no, ¡no puedo caminar con estos tacones!—comienza a quejarse.

Levanto los ojos al cielo, me acerco al coche y cojo el bolso, revisando una vez más el móvil para ver si puedo coger señal.

—Vamos...—dice el acosador dirigiéndose a mí.

Ni pensarlo, no iré a ningún sitio con alguien que no hace más que afirmar que me conoce, no vaya a ser que resulte ser un acosador de verdad.

—Samuele, voy yo—lo detiene el tipo simpático.

—¿Por qué?—pregunta el acosador, que ahora es Samuele; de hecho, recuerdo que me había dicho su nombre por teléfono.

¡Al menos eso no lo he olvidado!

—¡Porque siempre te pierdes!—ironiza sonriendo apenas, para luego volver de inmediato serio.

Dios mío, el tipo simpático del año realmente me cae mal. Pero tengo que aguantarlo porque tenemos que encontrar urgentemente una forma de salir de este lío.

Nos dirigimos en silencio, lo cual me viene bien, porque no tengo ganas de conversar con un tipo tan malhumorado.

Capítulo 4



Me duelen los pies y las pantorrillas. Hemos estado caminando durante más de veinte minutos y no hay nadie alrededor. Durante todo el trayecto no hemos hecho más que ignorarnos, eso nos sale natural, especialmente a mí, no me gusta conversar con desconocidos que muestran hostilidad hacia el género humano femenino. Siempre me mira de mala manera, de vez en cuando le echo un vistazo de reojo y lo sorprendo mirándome fijamente.

Apura el paso y me cuesta seguirle. Tropezón tras tropezón, pero afortunadamente no caigo.

—Espera, no puedo seguirte si corres—me quejo, desacelerando.

—¿Para qué te pones esos zapatos si no sabes llevarlos?—dice sacudiendo la cabeza molesto.

¿Pero qué le pasa? ¿Quién le da derecho a criticar lo que llevo puesto? Por Dios, cómo lo detesto.

—Los sé llevar perfectamente. Pero hemos estado caminando durante mucho tiempo, es normal que mis pies estén cansados—me justifico enfadada, aunque no debería porque ni siquiera conozco a este despótico, insolente y grosero.

—¡Todas decís lo mismo!—exclama desafiándome con la mirada fija en los ojos.

¿Me desafías? Conmigo te meterás en camisa de once varas, querido mío. Pienso riendo para mí sin darme cuenta.

—¿Te ríes sola?—pregunta desconcertado.

—Estaba pensando...—admito.

Apuro el paso y lo adelanto. Él no responde, suspira y sigue caminando como si nada. Está detrás de mí y eso me incomoda. Estoy caminando demasiado rápido, mi tacón resbala sobre el asfalto y caigo hacia atrás entre sus brazos que por suerte me sujetan al vuelo.

—¡Cuidado!

—¡Maldición!

Me repongo de inmediato y seguimos caminando más silenciosos que antes, estoy avergonzada por la metida de pata que acabo de hacer. Me siento como una idiota, ¡caer como una pera madura en sus brazos!

Disminuyo un poco la velocidad, para que me adelante y camino con la cabeza gacha, contando mis pasos. No me doy cuenta de que una rama sobresale demasiado y se engancha en mi carísimo abrigo blanco de Gucci. Para evitar rasgarlo, cedo ante el tirón y retrocedo, esta vez el tacón de mi zapato se rompe y caigo hacia atrás, aterrizando con el trasero en un enorme charco de barro que había esquivado hace unos segundos, pero al parecer no sirvió de nada.

Es oficial, la mala suerte se ha apoderado de mí.

—Oh mierdaaaa—grito.

Él se gira y al encontrarme en el suelo, sucia de barro, estalla en una risa estruendosa. Lo fulmino con mi mirada asesina. No se da cuenta de la gravedad del asunto, ¡acabo de arruinar mi querido abrigo!

—¿Cómo has caído?—sigue riéndose mientras me tiende una mano para ayudarme a levantarme.

La aparto y me levanto sola, tratando de quitarme un poco de barro de encima.

El resultado es que ahora el abrigo está arruinado.

Me dan ganas de llorar y él no puede dejar de reír y burlarse de mí. ¡Qué pillo!

—¡Para ya!—gruño.

—¡Disculpa, pero deberías ver cómo estás!—responde él.

Ni siquiera tengo ganas de discutir y perder tiempo con un idiota así. Le paso al lado dándole un empujón. Y aún lo escucho riendo. Me dan ganas de darle una bofetada.

A lo lejos diviso una casita perdida entre el verde. ¡Tengo ganas de gritar a pleno pulmón «*Tierraaaaa!*» Me siento un poco como una náufraga perdida en medio del mar.

—¡Mira!—digo aferrándome a su brazo duro como el mármol.

¡Guau! Pienso.

Él se voltea sorprendido hacia mí y yo suelto su brazo avergonzada por este contacto cercano. Me dejé llevar demasiado por la emoción.

—Bien—dice sin mostrar ni una pizca de entusiasmo.

Al llegar frente a la casita rústica, él golpea dos veces la gran puerta de madera verde ácido.

Qué color tan extraño para una puerta, pienso para mí misma.

Me abrigo más en el abrigo y tiemblo. Estoy helada ahora que nos hemos detenido.

Una anciana abre la puerta con un chal de lana apoyado en sus hombros. Es pequeña y regordeta, con una carita vivaz y simpática. Finalmente encuentro una cara amable.

—¡Hola, señora! Tuvimos un accidente y nuestros teléfonos no tienen señal, ¿podríamos usar su teléfono para llamar a los servicios de emergencia?—pregunto mostrándome amable.

—Oh querida, lo siento mucho, pero llevamos días sin servicio telefónico y estamos esperando que alguien venga a arreglar la línea—murmura con una voz tierna.

No, no puede ser, ¿soy realmente tan desafortunada?

—Pueden quedarse aquí, no es un Bed and Breakfast de lujo, pero tenemos todo lo necesario—propone sonriendo.

—Es que... no puedo quedarme, tengo una reunión importante en menos de una hora y no puedo retrasarme, necesito encontrar urgentemente a alguien que me lleve a Cassano d'Adda.

Entro en pánico.

Tengo que reunirme con Falconi, no puedo cometer más errores, Lombardi no entendería, ¿sabes cuánto le importa si he tenido un accidente? ¡Para él, podría ir allí incluso descalza y corriendo!

—Bob puede llevarla y luego traerla de vuelta aquí, si quiere—indica un anciano sentado frente a la chimenea.

—Me quedaré aquí, encontraré a mi amigo, intentaré arreglar el coche en algún lugar y regresaré—dice, dirigiéndose sobre todo a mí, como si eso me interesara.

—No quiero molestar al señor Bob—susurro respondiendo a la propuesta de la anciana.

—Pero qué dices, no es ninguna molestia—hace una pausa. —Boooooob, levántate, lleva a la señorita a Cassano d'Adda—dice en voz alta.

El hombre se pone de inmediato en pie, coge el abrigo y se lo pone rápidamente, luego se

cubre el cuello con una enorme bufanda. Se pone los guantes y, tambaleante, saca las llaves del coche del bolsillo de su chaqueta.

Dios mío, ¿llegaré sana y salva?

—Mientras estés allí, intenta llamar a alguien si el teléfono funciona—sugiere el simpático anciano.

¡Como si no se me hubiera ocurrido, no soy tan tonta!

Capítulo 5



El señor Bob probablemente ve demasiadas carreras de Fórmula Uno en la televisión, dado cómo condujo durante todo el trayecto. Temí por mi vida al menos cada dos minutos. El coche se balanceaba y él conducía como un loco, diciéndome que me calmara y que llegaríamos a tiempo a ver a mi cliente. Lo único que quería gritarle al viejito es que quería llegar sana y salva, el retraso no me importaría un comino, preferiría vivir otros cincuenta años.

Bajo del coche soltando un gran suspiro de alivio. ¡Estoy a salvo! Y seguramente más delgada, considerando los kilos que he perdido por el miedo.

Miro el reloj, estoy diez minutos antes, por suerte.

Me apoyo en la espalda contra el auto de Bob, mientras él se queda adentro, caliente. Miro a mi alrededor y está todo desierto, no hay nadie en la calle.

Miro el reloj de nuevo, me quito el sucio abrigo y lo dejo en el asiento, luego camino hacia la dirección del señor Falconi.

Me arreglo el cabello y finalmente toco el timbre. Parece que no hay nadie en casa, y sin embargo llegué puntualmente.

Saco el teléfono del bolso y cuando me doy cuenta de que tiene más señal de la que nunca ha tenido, llamo a la oficina para avisar que he llegado, pero que el cliente no está. En el segundo timbrazo, Martina responde con una voz tan aguda que casi me perfora el tímpano.

—Marty, ¿podrías pasarme con Lombardi?—apresuro decir.

—Claro, Mia... espera.

Mientras espero hablar con el jefe, vuelvo lentamente hacia el coche. Y encuentro a Bob medio dormido con la cabeza inclinada hacia abajo.

—Mia, dime...—la voz de Lombardi llega distorsionada a mis oídos.

¡Hay poca cobertura, maldición! Maldigo para mí misma.

—He llegado a casa de Falconi, pero...—no puedo terminar la frase que él ya me ha interrumpido.

—¿Pero qué? ¡Tráeme un contrato a casa o estás despedida!

¡Dios, otra vez esa palabra! Despedida debería estar en la lista de palabras prohibidas, para mí es peor que una grosería.

—No, lo que quería decir es que...

Explico que no hay nadie en casa y que tuve un accidente, resaltando la gravedad de la situación. Sigo hablando ininterrumpidamente, hasta que me doy cuenta de que en el auricular ya no escucho nada, lo alejo de mi oreja y con gran pesar me doy cuenta de que el teléfono se ha apagado.

—¡Maldición!—¡impreco lo más que puedo!

Bob sale del coche y viene hacia mí.

—¿Qué te pasa, chica?—está tan desconcertado como yo por mi comportamiento de loca desenfundada.

—Nada, disculpe, es que...—tomo aire, y muestro la mejor sonrisa para tratar de no parecer realmente una histérica, no querría que me dejara plantada, ¡faltaría más!

—El teléfono se ha quedado sin batería, así que no pude avisar a los servicios de emergencia, perdí al cliente y esta noche tengo cena en casa de mi madre, ella ni siquiera se imagina lo que sería capaz de hacer si me salto la Nochebuena con ella—casi me dan ganas de llorar. Nunca me he sentido tan desafortunada en mi vida.

—Ah. Confía en mí, volvamos con Marisa, ella sabrá animarte y con calma encontraremos una solución. La calma es la virtud de los fuertes, ¿sabías?—dice sabiamente.

Lo miro por unos segundos, este hombre me da ternura.

Regreso al coche resignada y me agarro fuerte a los costados del asiento, estoy lista para otra loca carrera, que espero me traiga sana y salva a casa. ¡Por el amor de Dios, Carlotta! La he dejado sola con mi acosador, solo espero que ese tipo sea inofensivo.

Capítulo 6



Cuando entramos en la casita, una oleada de calor me da la bienvenida, haciéndome sentir de repente más tranquila. Desabrocho el abrigo que ahora se ha vuelto marrón y la señora Marisa me lo quita de las manos para colgarlo en el perchero de madera, junto a la puerta de entrada. Carlotta viene hacia mí, muy animada.

—Oye, ¿qué tal todo?—me pregunta abrazándome.

—No ha ido bien. El cliente no estaba en casa y traté de llamar a la oficina, pero el teléfono se apagó justo cuando estaba explicándole a Lombardi todo el desastre, así que ni siquiera pude avisar a alguien para que nos ayudara—murmuro sumida en la más completa desesperación.

—Mejor...—murmura parpadeando, como una cierva desquiciada.

—¿Mejor?—pregunto asombrada.

—Sí, al menos podemos quedarnos aquí nosotras también—me sonrío mostrándome todos los dientes que tiene en la boca.

—¿Estás loca? Mi madre me arrancará la cabeza y nos hará un guiso si no vamos a verla esta noche.

—Pero realmente no recuerdas nada de Samuele?—Cambia de tema y me toma del brazo alejándose de ellas.

—No, no recuerdo nada del acosador—digo sinceramente.

—No es un acosador. Es un chico muy lindo, amable, simpático...—comenta con aire soñador.

—¿No me digas que te gusta ese tipo?—Estoy atónita.

Carlotta tiene la cara de alguien que tiene alguna travesura sucia en mente en relación con ese tipo, sin embargo, al mirarlo mejor, él no parece en absoluto su tipo ideal de hombre.

—Pero mira que no es como parece, tiene algo profundo dentro de él.

Vale, ¿qué diablos le ha pasado a mi amiga, la mujer más cínica sobre la faz de la tierra, que mantiene a todo el mundo a distancia? Ahora ha perdido la cabeza por un tipo que ni siquiera conoce, que junto a ella es como el día y la noche, como la Nutella y el chocolate de descuento, y se nota a leguas.

—¿Te has fumado algo?—Intento controlar el tamaño de sus pupilas para ver si están dilatadas por alguna sustancia estupefaciente.

—¡Pero qué dices! Piénsalo bien, no deberíamos tener que soportar a tus tías, a tu padre, a esa loca de tu hermana, a tu abuela y su dentadura postiza demasiado lenta que de vez en cuando se le cae mientras habla, los pedos debajo de la mesa de esa bola de pelos que tu madre llama Priscilla, que cree ser un perro pero en realidad es un conejo tonto...—dice todo de un tirón divertida.

—No podemos pasar la Nochebuena aquí...—susurro, poniendo una mano sobre mi boca para que los demás no lean mis labios.

—Por supuesto que pueden, chicas—la señora Marisa está a un paso de mí y me sonrío.

¿Estaba escuchando a escondidas?

—No, señora, debo ir a casa de mis padres...—respondo.

—Pero ¿cómo lo harán, chicas? No pueden llamar a nadie. Vamos, una noche aquí no supondrá ninguna catástrofe.

Oh, claro, porque ella no conoce a mi madre, de lo contrario no hablaría así, de hecho se escondería de ella, justo como lo haría el personaje de una película de terror, mi madre da miedo y solo hay que huir de ella si está teniendo un ataque de nervios.

—Vamos, Mia, ahorrémonos esta tortura y disfrutemos de la noche...—dice señalando con la cabeza a Samuele y al otro chico, que están sentados frente a la chimenea con una taza humeante - de no sé qué - en las manos.

—Carlotta, no...

—Vamos, siéntense. Les traeré un poco de chocolate caliente también a ustedes—me interrumpe Marisa empujándome suavemente con las manos en la espalda.

La obedezco sin replicar y me siento en un sillón libre. Samuele me mira las piernas desnudas y me sonrojo. No puedo creer que realmente lo haya besado.

No es que me moleste, es un chico guapo, pero tiene pinta de Don Juan de tercera y a mí ese tipo no me gusta.

—¿Se quedarán aquí?—me pregunta él.

Me doy cuenta de que Carlotta lo está mirando casi con la baba en la boca.

Santo cielo, ¿qué le pasa a mi Carlotta?

—Sí...—no digo más y miro a mi alrededor.

—Matteo, tenemos compañía esta noche. De todos modos, no teníamos otros compromisos, ¿verdad?—le guiña un ojo.

Matteo, así se llama. No me lo había dicho mientras veníamos aquí.

—Qué suerte—responde él, molesto.

¡Qué idiota!

—No estás obligado a quedarte con nosotros, tranquilo—. Me levanto bruscamente, molesta, y salgo al jardín para desahogarme, un poco por su culpa, pero sobre todo por todo lo que me ha pasado en pocas horas.

Respiro profundamente la brisa de la tarde. Me quedo en silencio, tratando de no pensar en nada.

Capítulo 7



Se está oscureciendo. El reloj marca las cuatro y media. Pienso en mi madre, ni siquiera puedo avisarle, no quiero que se preocupe por mí.

Todo hoy tenía que pasarme a mí. Maldición.

Inhalo profundamente y expulso una nube de humo de inmediato. Hay un silencio sepulcral aquí, si no fuera por la cena de Nochebuena, me habría quedado cómodamente durmiendo aquí, sin tener que sentirme angustiada.

—Coge esto...—Una voz detrás de mí me asusta, así que me atraganto con el humo que se me ha ido.

Me volteo bruscamente con el corazón latiendo con fuerza en el pecho y veo su mano ofreciéndome su abrigo.

—Gracias—murmuro apenas.

Samuele me mira con sus grandes ojos azules que resaltan incluso en la oscuridad.

Quisiera recordar algo de él, pero mi mente está tan vacía de recuerdos que siento un nudo en el estómago.

—No le hagas caso a Matteo, él es así...

¿Así como, como un imbécil de primera categoría?, quisiera decir, pero me limito a sonreír tímidamente.

—¿Realmente no recuerdas nada de anoche?—pregunta casi divertido.

—No, lo siento...—me avergüenzo de admitirlo aún, pero así es.

¿Cómo es posible que no recuerde nada?

Probablemente me confundió con otra mujer que se me parecía.

—Tengo que admitir que realmente estabas fuera de ti. Después de cuatro Mojitos te pusiste genial, saltabas y bailabas sobre la barra del local y el camarero tuvo que llevarte en peso sobre su hombro para que bajaras... así que intervino y seguiste bebiendo...—La narración de Samuele me deja boquiabierta.

¿Cómo diablos es posible que una mujer refinada como yo se comporte como una bailarina de club y encima ebria?

¡Sin ofender a las bailarinas de club!

—Qué papelón...—murmuro apenas y me llevo una mano a la boca para sofocar la vergüenza que siento en este momento.

—Vamos, yo también me emborracho de vez en cuando, pasa...—trata de tranquilizarme.

El problema es que no estamos hablando de un solo episodio, desafortunadamente, la cosa se repite a menudo, y realmente empiezo a preocuparme.

Toso un poco y tiro la colilla al jarrón que tengo al lado. Ahora no encuentro palabras para decir, no es que antes las tuviera, ya que solo habló él. El pensar que me he excedido con Samuele y no recordarlo me perturba. Quisiera recordar las cosas que hago, de hecho, preferiría no hacer tonterías, así que definitivamente debo dejar de hacerlo.

Sí, lo sé, lo he repetido mil veces, pero esta vez lo digo en serio, estoy decidida a dejarlo de verdad.

—Lo siento por mi comportamiento...—susurro avergonzada.

—Pero vamos, no tienes que disculparte, te lo dije, pasa—me asegura de nuevo, pero me siento demasiado culpable por mi comportamiento grosero con él anoche.

—¿Regresamos?—digo tímidamente.

Samuele asiente sonriendo y me indica que vaya adelante, dándome prioridad.

Cuando volvemos adentro, encuentro a Carlotta hablando, o más bien chismorreando, con Matteo. Me siento junto a la chimenea y trato de calentarme, dado el frío que he pasado afuera hace un rato.

Matteo, en cuanto se da cuenta de mi presencia, me sonrío un poco. Bajo la mirada y me siento sonrojar. También Samuele se sienta junto a Matteo y los cuatro estamos uno frente al otro en un total embarazo.

—Chicos, ¿qué les preparo para esta noche?—interrumpe esta incómoda situación la señora Marisa.

Me levanto y me acerco a ella.

—Para mí y mi amiga está bien cualquier cosa. ¿Puedo ayudarte?—me atrevo a preguntar.

—No, cariño. Disfruta del calor y relájate. Nosotros y Bob nos encargamos de todo—me acaricia un brazo mientras lo dice.

Qué hermosa es, me recuerda a mi abuela materna, Rosa. Estaba muy unida a ella, éramos cómplices en muchas cosas y mi madre estaba celosa de nuestra relación. Siempre fui su nieta favorita, no hacía más que decírmelo y mi hermana siempre se moría de envidia. Cuando nos dejó, nos costó aceptar la pérdida. Mi abuela había dejado un vacío tremendo dentro de mí, y todavía lo siento, cada vez que pienso en ella. La extraño y desearía poder volver a ser niña, para sentarme en su regazo, con el cuerpo recostado sobre ella mientras me contaba mis cuentos favoritos.

—¿Puedo ir a refrescarme un poco?—le pregunto gentilmente.

—Por supuesto, cariño, ven conmigo.

Me guía por los pasillos desiertos del Bed and Breakfast, y la sigo en silencio.

Lo único que quiero ahora es tirarme boca abajo en una cama caliente y dormir hasta mañana. Pero no puedo dejar sola a Carlotta. Aunque estoy segura de que no le importaría, ya ha puesto sus ojos en ese hombre y no lo dejará ir hasta que haya alcanzado su objetivo.

—Listo, cariño, tú y tu amiga pueden quedarse aquí.

Abre la puerta y me encuentro frente a una habitación con una enorme cama matrimonial, perfectamente ordenada, hay madera por todas partes, en el suelo y en las paredes. Este lugar es acogedor, me gusta.

—Te dejo sola...—dice antes de cerrar la puerta detrás de mí.

Me siento en la cama y luego me dejo caer hacia atrás. Miro el techo blanco fijamente. Me quedaría encantada todo el tiempo en esta cama.

Qué día tan absurdo. Cierro los ojos por unos segundos, pero alguien golpea la puerta, así que me veo obligada a levantarme para abrir.

—¿Todo bien?—pregunta Carlotta al entrar.

—Sí, solo estoy agotada—forzo una sonrisa.

Se sienta en la cama y me mira con una expresión demasiado alegre.

—Vamos, mira el lado positivo, no tendrás que decir siempre las mismas cosas como todos los años en Nochebuena cuando esas dos arpías de tus tías intentan dominarte y obligarte a encontrar esposo—se ríe.

Bueno, pensándolo bien, sería el primer año que paso lejos de mi familia para las vacaciones de Navidad, pero la verdad es que no me molesta en absoluto. Podría ser una buena excusa para relajarme lejos de todos. Y además, este lugar es paradisíaco.

—¡Te espero frente a la chimenea!—dice con una gran sonrisa.

Está ansiosa por volver con Samuele, obviamente.

Me lavo la cara y me miro en el espejo mientras me seco con una toalla limpia y perfumada. Estoy visiblemente agotada. Tengo unas ojeras terribles. Arreglo la toalla de forma maniática y luego vuelvo con Carlotta.

Se respira un perfume delicioso por toda la casa. Veo a Bob ir de aquí para allá de la cocina al gran salón.

Me asomo a la cocina y encuentro a la señora Marisa en los fogones mientras habla con Matteo, que está sentado en un taburete con una copa de vino tinto en la mano. Se ríe, y es espectacular verlo hacerlo de nuevo. Es aún más hermoso cuando lo hace. Me sonrojo tan pronto como me doy cuenta de que me está mirando.

—¿Todo bien, niña?—me pregunta la anciana señora tan pronto como ella también se da cuenta de mi presencia en la cocina.

—Por supuesto. ¿Puedo ayudar en algo?—me acerco a ella y siento los ojos de Matteo clavados en mí.

—Si realmente quieres, puedes cortar este pan—dice amablemente mientras me pasa un cuchillo con un mango enorme.

Me apoyo junto a ella y empiezo a rebanar el pan. Pero soy tan torpe que parece como si quisiera matar a este pobre pan. Matteo se acerca y me quita el cuchillo de las manos.

—Yo me encargo...—señala el pan y encoge los hombros.

Me alejo y ocupo su lugar en el taburete. No puedo evitar mirarlo. Tiene los hombros muy anchos, es un gigante comparado conmigo que soy muy delgada.

—Ya está todo listo—Marisa golpea la cuchara en el borde de una olla que contiene una sopa hirviendo.

Matteo coloca el pan en una cesta de mimbre y sigue a la señora Marisa que se dirige al salón. Lo sigo, continuando mirando a Matteo de espaldas. Mis ojos se posan en sus glúteos, perfectos y firmes.

¡Dios mío, cómo desearía tocarlos!

Muevo la cabeza desconcertada por mis pensamientos pecaminosos.

Capítulo 8



A la mesa todo está perfecto, bien puesto. Me encuentro frente a una gran mesa larga, con un mantel blanco, bordado con flores rojas, platos de un rojo intenso, velas sobre ramitas entrelazadas, también en tonos rojos, dispuestas en el centro de la mesa. Matteo y Samuele están sentados cerca, y Carlotta está frente a Samuele; entonces, me toca sentarme frente a Matteo, y eso me avergüenza bastante.

Me siento incómoda y de inmediato ajusto la servilleta sobre mis piernas.

—Escucha qué paz sin esos locos desatados de tus tías gritando—dice divertida Carlotta.

No está del todo equivocada, la Nochebuena en casa de mi madre siempre es una verdadera pesadilla, y a estas alturas todos deben estar completamente fuera de sí.

¿Quién sabe qué pensarán de mi desaparición? Son pasadas las ocho y media y debería haber estado allí hace rato. Mis ojos se encuentran con los penetrantes de Matteo y me sonrojo. ¿Por qué me está mirando así, como si me estuviera devorando con la mirada? Bajo la mirada a mi plato.

Cálmate, Mia.

—Entonces, ¿a qué se dedican?—pregunta Samuele dirigiéndose a Carlotta.

Ella pestañea con sus largas pestañas y endereza la espalda para mostrar su generoso escote. ¡Dios mío, está coqueteando descaradamente con mi acosador!

—Yo soy asesora bancaria y Mia...

—Y Mia trabaja, punto...—digo mostrándome algo molesta.

No soporto a nadie en este momento, solo quiero estar en mi departamento, en mi cama, y no tener que fingir que me agradan estos dos aquí.

—Nerviosilla—susurra Matteo, convencido de que no lo he escuchado.

Lo miro con enojo y él sonríe maliciosamente.

Se divierte haciéndome molestar, está claro.

—Aquí está el segundo plato, chicos—dice Marisa entrando al gran salón con dos bandejas en las manos.

Pone una frente a mí y otra frente a Matteo. Tomo uno de los dos cucharones dispuestos en el plato y justo cuando estoy a punto de tomar una coles de Bruselas, me doy cuenta de que Matteo también ha puesto el otro cucharón en el mismo lugar. Nos miramos y, cuando estoy a punto de dejar la comida, él me dice: —Tómalo tú...

—No, tómalo tú—respondo aún más incómoda.

—No, tú...—insiste.

—No, de verdad, tómalo tú...—replico.

—Voy a tomarlo yo—. Samuele se inclina sobre el plato y nos roba la coles de Bruselas riendo.

Me sonrojo aún más y tomo unas patatas asadas de otro plato, y la escena se repite.

—¿Decidieron pelearse por la comida toda la noche?—exclama Carlotta divertida.

—Ella es una pequeña ladrona—guiña un ojo Matteo mientras lo dice.

Me siento ardiendo, ¿será la chimenea detrás de nosotros o es él quien de repente provoca en mi cuerpo un calor inesperado?

Esbozo una sonrisa tímida y muerdo una patata. Matteo no deja de mirarme intensamente, y ya no sé dónde dirigir mi mirada para evitar perderme en sus ojos.

Cojo la copa y doy un sorbo a un perfecto vino tinto.

—No bebas demasiado, que luego olvidas las cosas—se burla Samuele sin siquiera mirarme, escondiendo una sonrisa burlona.

—Qué gracioso...—digo asombrada, pero no puedo evitar reírme inmediatamente después.

¿Cómo besa Samuele, será tan terrible como para haberlo borrado completamente de mi mente?

Me encuentro mirando sus labios, sin darme cuenta. Son carnosos, llenos, casi perfectos.

—Sé besar bien, tranquila, solo estabas un poco borracha, pero, si quieres, siempre estoy disponible para refrescarte la memoria—. Esta vez me mira directamente a los ojos y luego estalla en una carcajada estruendosa.

No digo nada, me sonrojo y trato de ser vaga. Dejo de beber y de comer. Me siento llena, no estoy acostumbrada a comer tanto, y mucho menos a estar tan relajada, sin mi familia molestando.

Ellos también parecen estar satisfechos. Hablan y esperan el café. Yo, por otro lado, me levanto de la mesa, tomo mi abrigo y salgo a fumar.

Matteo me sigue y yo quisiera retroceder para evitar quedarme sola con él, pero no lo hago. Antes de salir, saco un paquete de cigarrillos de un bolsillo del abrigo y busco un encendedor en el otro. Luego salgo al jardín.

Tengo el cigarrillo entre las manos y él me ofrece un encendedor dorado, que al observarlo bien tiene una M grabada. Enciendo el cigarrillo y entre nosotros reina el silencio.

Ninguna mirada, ninguna palabra. Solo incomodidad. Mejor así, es mejor no confiar demasiado en desconocidos. Al fin y al cabo, él y yo no nos veremos por mucho tiempo; por lo tanto, no es necesario que hablemos o finjamos caernos bien.

—¿Siempre estás tan nerviosa?—me pregunta seriamente Matteo, rompiendo el hielo.

Él enciende su cigarrillo y espera una respuesta.

—No ha sido un día fácil. Debía reunirme con un cliente muy importante y, en cambio, estoy aquí, con personas que no conozco y una amiga distraída que ha puesto los ojos en tu amigo acosador—suelto una frase sin sentido.

—Mi amigo no es un acosador, solo dijo la verdad...—lo defiende.

—¿Cómo lo sabes tú?—pregunto frunciendo el ceño.

—Porque me envió esto...—Toma el teléfono y me lo pasa.

En la pantalla de su iPhone hay una foto que muestra a Samuele y a mí abrazados, sonriendo como dos tontos. Mis ojos están llorosos y tengo el labial corrido por un lado.

¡Oh Dios mío! No puedo creer lo que veo.

—Yo...—En realidad, no sé qué decir. No es agradable saber que he conocido a alguien, pero debido al alcohol que bebí, ni siquiera lo recuerdo, incluso después de ver las pruebas del crimen

que he cometido. Apago el cigarrillo y una ráfaga de viento frío me mueve el cabello. Matteo me mira con una expresión extraña. Quién sabe qué pensará de mí.

—Sabes, cuando nos encontramos, lo primero que pensé de ti es que eras una snob, pero cuando te observé mejor en la mesa, vi a una mujer diferente a la que quiere aparentar...—Me vuelvo hacia él y lo miro confundida.

¿Por qué de repente el hosco quiere conversar conmigo?

—¿Qué quieres decir?—termino preguntando curiosa; su opinión de repente me interesa.

—Para mí, eres una mujer muy dulce—dice, fijando sus ojos en los míos.

—No, no soy dulce. Y lo que pensaste de mí cuando me viste es mi verdadera naturaleza—respondo fríamente.

Sé que no es así, sé que no soy una snob, pero esta conversación está saliendo de control y no estoy lista para mantener ciertos discursos porque sé que una cosa lleva a la otra y no quiero encontrarme desnuda en una cama con un hombre que podría hacerme perder la cabeza sin ningún esfuerzo.

Él parece saber tratar con las mujeres, pero sobre todo sus ojos tan profundos y expresivos le dan una sensualidad abrumadora que me desconcierta cada vez que se posan en mí.

—Samuele no hizo más que hablarme de ti...—Su voz es tan cálida, no es el hombre despotricado que conocí hace unas horas. Es diferente, está más relajado y menos hosco.

—Ah... ¿y qué te habría dicho de mí?—pregunto entre una mezcla de curiosidad y ansiedad.

—Nada escandaloso. Solo que eras impresionantemente hermosa, y debo admitir que tenía razón—se ríe, y se le forman hoyuelos en la cara. Cuando sonrío, me vuelve loca.

Siento que mi cara arde.

—No soy tan hermosa...—balbuceo avergonzada.

—Oh, sí lo eres—responde seriamente.

—Tal vez tú también estés un poco ebrio—intento bromear.

—Estoy totalmente sobrio y lo que veo me encanta de verdad—. Su voz sensual me está volviendo loca.

¿Qué le pasa? Parecía tan distante de mí y ahora se está dejando llevar, poniéndome en un aprieto. No es que me moleste, al contrario, pero nunca sé cómo reaccionar ante ciertos avances y él en este momento me está provocando descaradamente, y casi estoy tentada de saltar sobre él y tocar sus músculos potentes que no hacen más que atraer mis manos. Es una maldita tentación.

Sin darme cuenta, me encuentro frente a él, que me penetra con sus ojos azules que incluso de noche destacan de manera impresionante.

—Ahora entiendo por qué Samuele está tan encaprichado contigo—murmura a un palmo de mi rostro.

Trago saliva y trato de alejarme, pero mis pies se quedan clavados en el suelo.

—¿Qué te pasa?—susurro apenas.

Sus ojos claros están fijos en mis labios y los míos hacen lo mismo. Querría besarlos. Querría consumir esos labios perfectos que parecen llamarme. Querría hacerlo. Pero no lo hago.

—Tienes razón, perdón, ni siquiera sé qué me pasa...—balbuceo tratando de volver en mí. Levanta la cabeza y mira el cielo estrellado, y me encuentro haciendo lo mismo.

Quisiera tener el poder de leerle la mente y entender qué está sintiendo en este momento. Somos dos perfectos desconocidos, y sin embargo, sintió la necesidad de buscar un contacto íntimo conmigo.

—Cuando era pequeña, mi abuela me contaba algunas historias sobre la luna...—digo en voz

alta.

Siento sus ojos clavados en mí, pero no me vuelvo para mirarlo.

—¿Qué tipo de historias?—pregunta curioso.

Me siento en el banco de madera que tenemos detrás de nosotros y miro la luna, está llena hoy, y se ve tan triste.

La miro todas las noches, es una forma de sentirme cerca de mi abuela. Ella estaba convencida de que si la mirabas fijamente y podías entenderla, la luna te revelaba sus expresiones y podías admirarla en toda su belleza, así que yo jugaba a descifrar sus caras.

Ya es un ritual nocturno, la observo, y esta noche está en perfecta sintonía con mi estado de ánimo, también yo me siento triste, estoy lejos de casa, obligada a estar con personas que no conozco y que me han arrojado una realidad que me desestabiliza: cuando estoy borracha, hago desastres que es mejor no recordar, me avergüenzo de lo que sucedió con Samuele.

—Ella decía que iba de la mano con tu estado de ánimo, si la mirabas con atención—confío.

—Mmm—murmura y se sienta a mi lado en el banco.

Lo miro de reojo y lo sorprendo haciendo lo mismo.

—A mí me parece enojada—bromea.

—Mírala mejor, ¡no eres un observador atento!—replico, porque no me está tomando en serio, me siento burlada.

—En realidad, soy un observador astuto y siempre muy atento. Capturo la belleza de todas las cosas...—dice seriamente.

Me vuelvo hacia él y lo miro con cautela.

—¿Ah sí?—ahora soy yo la que bromea un poco.

—Sí...—extiende las piernas y se acomoda como si estuviera en su casa, en el sofá. —Esta noche he aprendido muchas cosas—agrega.

—Dime una.

—Que las mujeres, a veces, son simplemente tontas—después de decir esto, se levanta y enciende otro cigarrillo.

Lo miro atónita, ¿qué tiene que ver su afirmación con la conversación que estaba teniendo sobre la luna?

—¿Y por qué seríamos tontas?—estallo incinerándolo con la mirada.

—Porque a veces se esconden detrás de la máscara que eligen usar según sus necesidades, evitando enfrentar la realidad.

Su discurso me confunde.

¿De qué estamos hablando?

¡Me he perdido!

—De acuerdo, creo que es mejor volver adentro, estás delirando, ¿quizás tienes fiebre?—lo bromeo.

No hay manera de que nos llame tontas así sin más, sin que yo defienda a mi género.

—¡No tengo fiebre! Solo estoy diciendo que TÚ eres tonta, porque no quieres admitir que me gustas y te haces la difícil.

—Sí, tienes fiebre... ¡pidámosle a la señora Marisa un buen termómetro!

Me levanto también y me dispongo a regresar, pero él me agarra del brazo y al instante me encuentro atrapada entre sus brazos.

—¿Y si intentara besarte?—susurra mirando fijamente mis labios helados.

—Sigues delirando...

Intento escapar, pero no me lo permite, me aprieta más y su fragancia aturde mis habilidades motoras.

Bueno, bésame si quieres, pero hazlo rápido antes de que me arrepienta, pienso alargando un poco los labios.

Matteo me mira divertido y afloja un poco el agarre.

—Te besaría, pero no quieres.

La magia se rompe en cuanto pronuncia estas palabras y se aleja de mí. Se dirige hacia la puerta de entrada del Bed.

Quedo atónita mirándolo. ¿Qué le pasa?

¿No podía besarme?

¡Maldito hasta la médula! Primero me tienta y luego huye.

¡Qué odio!

Capítulo 9



—Vamos, entremos o te resfriarás—grita, con una mano en el pomo de la puerta.

Intenta de ser caballeroso, pero es inútil, ¡porque siempre se queda siendo un villano! Lo alcanzo pero me gustaría gritarle algunas maldades por la frustración.

Casi termino besándolo, sin haber bebido lo suficiente como para olvidarlo.

Regresamos, dejando los abrigos donde estaban, y vamos al salón. Ambos nos quedamos desconcertados al notar que la señora Marisa y su esposo se han retirado a su habitación. Mientras tanto, Carlotta y Samuele están cómodamente acostados en el gran sofá abrazados como si fueran una pareja cercana.

—¿Cómodos?—dice Matteo, sentándose en el sillón.

Carlotta se ríe y se separa de Samuele. Se levanta y viene hacia mí. Me agarra del brazo y casi me arrastra cerca de Matteo. Me empuja hacia el sillón ocupado por él y me retuerzo para evitar caer sobre sus tonificadas piernas.

—Ay—me quejo.

—Deja de hacerte la difícil. Ahora vamos a jugar a un juego—trina.

Lo miro estupefacta. ¿Cuántos años piensa que tengo, trece? Cuando suelta el brazo, corro a sentarme lo más lejos posible de Matteo, quien no deja de mirarme con ojos hambrientos. Lo prefería frío y distante, al menos no me hacía sentir tan avergonzada. Me sonrojo y bajo la mirada.

Ahora parezco una adolescente con su primer enamoramiento.

—¿A qué jugamos?—Samuele atrapa a Carlotta por las caderas, se levanta y la envuelve con sus brazos, manteniéndola cerca de él.

¿Desde cuándo se han vuelto tan cercanos?

—¿Verdad o consecuencia?—sugiere ella, dejándose envolver por sus brazos.

No puedo creer que haya dicho eso de verdad.

La última vez que jugué a este estúpido juego tenía quince años, estaba en una fiesta de cumpleaños y no era bienvenida porque entonces era una adolescente con acné, con frenillos en los dientes y gafas con lentes que parecían el fondo de botellas. Nadie quería besarme como castigo. Y cómo los podía culpar, realmente era el patito feo. Me daba miedo incluso mirarme al espejo.

—¿Estás hablando en serio?—pregunto con la esperanza de que cambien de opinión. Ahora ya no soy la joven desagradable, pero la idea de tener que pagar una penitencia con Matteo me vuelve loca.

—¡Por supuesto! Vamos a la cocina—dice Carlotta riendo mientras es arrastrada por el señor

pulpo que la ha mantenido sujeta a él con sus tentáculos.

Matteo se levanta perezosamente y los sigue, mientras yo me quedo plantada en medio de la habitación. ¡Todavía no puedo creer que hayan decidido hacer un viaje al pasado!

También voy a la cocina y los encuentro ya sentados alrededor de la mesa redonda.

—¿Qué les parece, habrá una botella de vino por ahí?—Samuele está abriendo cada armario de la cocina y casi me siento culpable porque está profanando la privacidad de la señora Marisa.

Continúa buscando y no puedo evitar mirarlo con recelo. Si fuera mi casa, nunca querría que un extraño husmeara en mis cosas.

—Déjalo, Mia te matará—oigo que dicen, me giro bruscamente para seguir la voz que acaba de pronunciar esas palabras, y mis ojos se encuentran con los de Matteo.

—Tiene razón Matteo, ven y siéntate...—se entromete de inmediato Carlotta.

Mis ojos permanecen clavados en los suyos, carismáticos. Ojos de hielo. Ojos profundos. Y luego bajo a sus labios carnosos y no puedo evitar pensar en lo que sucedió afuera. Podríamos haber ido más allá y no lo hicimos. Podría haberme besado, pero no lo hizo. Tal vez porque no le gusto lo suficiente.

Pero incluso si lo hiciera, ¿qué demonios me importa?

Desvío mis ojos en otro lado y trato de no pensar más en mi encuentro cercano con este semental italiano que no deja de encenderme. Demonios, estoy actuando como una tonta que apenas ve un gallo guapo y musculoso y se emociona vergonzosamente.

—Bueno, empecemos con Mia...—La voz de mi amiga me devuelve a la realidad.

Trago saliva en seco y espero con todo mi corazón que no me haga preguntas demasiado embarazosas, a las cuales, obviamente, nunca daré una respuesta verdadera.

—¿Del uno al diez, cuánto te gustaría encerrarte en una habitación con Matteo y pasar una noche loca con él?—Samuele escupe la pregunta más estúpida que he escuchado y que me hace erizar el cabello de inmediato.

¿Escuché bien? ¿Y yo debería responder una pregunta así?

Me quedo sin palabras y apenas logro mirarlo, y la forma en que lo hago parece divertirlo tanto que no deja de reírse en mi cara.

—No estoy para nada atraída por...—¿de verdad estoy diciendo esta tontería?

—Tana para Mia, ¡fuera la camiseta!—dice esa oca de Carlotta.

No, no tengo ninguna intención de quitarme la camiseta delante de ellos.

Niego con la cabeza contrariada y siento que mi rostro arde. Ni siquiera me volteo hacia Matteo por un segundo, pero estoy segura al cien por ciento de que me está mirando fijamente. Siento sus malditos ojos clavados en mí y eso me avergüenza aún más.

—No te hagas rogar, quítate la camiseta, princesa—. Samuele está detrás de mí y con ambas manos se posa sobre mi camiseta invitándome a quitármela. Me aparto bruscamente y corro hacia el lavabo.

—Dale, Mia, no te hagas la niña y desnúdate—ríe esa coqueta traidora de mi amiga, que está a punto de convertirse en una *ex amiga*.

—¡Desnúdate!—insisten.

Desearía que el suelo bajo mis pies se abriera y creara un vórtice desquiciado listo para absorberme hacia abajo, para evitar esta tortura. Obbedezco a sus ridículas peticiones y con movimientos muy lentos me quito la camiseta de cachemira blanca que me hacía sentir cálida y segura ante sus miradas. Y luego lo hago, mis ojos me traicionan y buscan los de Matteo.

Y no les cuesta encontrarlos.

Serios.

Hambrientos.

Lujuriosos.

—Buena, princesa, así me gustas—me guiña un ojo Samuele, babeando sobre mis curvas.

Hago una mueca de disgusto y vuelvo a sentarme en mi lugar escondiendo mis pechos lo más posible. Aunque todavía llevo puesto el sujetador, me siento demasiado expuesta delante de ellos.

—Pregunta a quien quieras...—sugiere Carlotta.

Demonios, no soy buena con las preguntas. A menos que se trate de un interrogatorio, entonces sí que siempre encuentro las preguntas adecuadas. Pero en este caso, medio desnuda, en una cocina que no es mía, bajo las miradas codiciosas de gente desconocida, estoy en blanco. Pero sé por quién quiero empezar: Samuele.

—¿Por qué te pegas a los labios de una mujer una noche y al día siguiente babeas detrás de otra como si nada? ¿Lo haces porque eres un Don Juan en busca solo de sexo?—Y aquí estoy, con mi estúpida venganza.

No estoy del todo mal en haberlo hecho, después de todo, él sí que la noche anterior estaba pegado a mí y hoy a mi amiga. No me molesta, solo tengo miedo de que se esté burlando de Carlotta.

Tocado y hundido. Samuele no encuentra una respuesta digna y se ve obligado a tirar al suelo su camiseta, que ondea con orgullo.

Pregunta tras pregunta, a cada uno de nosotros se nos quita una prenda. A todos, excepto a Matteo, que para mi suerte sigue vestido. Él sí que tiene una cara dura, ha respondido a todo sin problemas.

—El chico todavía está demasiado vestido.

¿Por qué Carlotta nunca se queda callada?

Toso fingidamente y siento la garganta cada vez más seca. Tal vez habría sido mejor si Samuele hubiera encontrado una botella, con el alcohol circulando por mi cuerpo todo habría ido mucho mejor. Sobre todo si Matteo empieza a descubrir su cuerpo de estatua.

—Estoy destrozada—afirmo mintiendo.

No tengo sueño, pero la situación aquí se está volviendo demasiado intensa.

—Oye, colega, ¿por qué no vamos a dormir?—dice Carlotta guiñándole el ojo a Samuele.

Ambos recogen rápidamente sus ropas y las meten como pueden, y luego salen disparados de la cocina a la velocidad del rayo.

Cojo mis cosas y me visto evitando mirar hacia el único hombre que aún está en su sitio. Subo las escaleras y me apoyo en el pasamanos de madera perfectamente pulida. Subo lentamente y un olor fresco, imponente, me llega a las fosas nasales. Lo reconozco de inmediato.

Matteo está detrás de mí y mi corazón se acelera rápidamente. Su perfume está cada vez más cerca. Siento su presencia abriéndose paso hacia mí con fuerza. Acelero el paso y subo dos escalones a la vez, casi tropezando. Lo oigo reír.

Me adelanta y me toca el trasero. Me tenso al instante y abro los ojos sorprendida por su gesto.

—Buena actuación antes, soy sincero, no pensé que te desnudarías—susurra cerca de mi oreja.

Aunque hace un frío que pela, no puedo evitar sentir una oleada de calor que se expande por mi cuerpo como si un piromaníaco acabara de prenderme fuego.

Mis piernas se vuelven débiles y subir se vuelve cada vez más difícil.

Caminamos tan cerca ahora que casi me atrevo a lanzarme sobre él.

¿Pero qué estás pensando, Mia, te has vuelto loca?, me reprendo mentalmente sacudiendo la cabeza.

Matteo me clava sus ojos y me mira como si estuviera loca. No es que no tenga razón del todo, pero intentaré mantener la compostura, porque, desde que lo conozco, no he hecho más que hacer el ridículo.

O tal vez soy yo quien interpreta mal su mirada, porque ahora que me vuelvo hacia él, parece que me está devorando con los ojos y no quisiera pensar mal, pero puedo leer en su rostro los pensamientos pecaminosos que está teniendo sobre mí y lamentablemente debo admitir que son los mismos que los míos.

—¿Qué te parece si...—comienza a hablar, toma la llave de su habitación y la gira entre sus manos con movimientos seguros.

—¿Qué?—pregunto levantando una ceja y poco a poco empiezo a alejarme de él, de lo contrario, realmente podría arder en llamas.

Maldición, este tipo despide sexo por todos los poros, y es malditamente peligroso porque nunca entiendo cuándo está jugando o va en serio. Primero tira la piedra y luego esconde la mano.

—Pensé que quizás podríamos pasar un poco más de tiempo juntos, no tengo sueño y no tengo ganas de estar solo en mi habitación—saca una sonrisa de perfecto seductor.

Acorta la distancia y se coloca a un palmo de mi rostro. Siento su respiración en mi piel y me veo obligada a apretar los muslos para tratar de manejar la excitación que provoca en mi cuerpo cada vez que se acerca.

—No estarás solo, ¿tu amiguito no está ahí para hacerte compañía?—balbuceo incómoda.

—Gran compañía, ¡ese tío ronca como un trueno!

Levanta los ojos al cielo, se aleja y, como si nada, encoge los hombros y se apoya en la pared esperando mi respuesta.

No, Mia, no aceptes su invitación, no puedes pasar tiempo con él, no puedes permitir que siga burlándose de ti. Porque eso es lo que está haciendo.

—Lo siento...—me muerdo el labio fingiendo estar realmente apenada. —Pero tengo sueño, mucho sueño—añado parpadeando con aire angelical.

Matteo, como respuesta, encoge los hombros y no dice nada más. Es evidente que no se ha tragado mi excusa, pero no me importa en lo más mínimo. Quiero encerrarme en mi habitación y olvidar este día.

—¡Qué suerte! También las habitaciones están contiguas...—querría decirlo de manera menos fría e irritada, pero no puedo evitarlo.

Matteo ya ha insertado la llave, mientras yo estoy con la mano en el aire sobre la manija. Estoy petrificada.

Hay pegado un cartelito con la inscripción «*Do not disturb*».

—Oh no—me quejo.

—¿Qué pasa?—se detiene antes de entrar en su habitación.

—¡Creo que esta noche no podré dormir!—señalo el letrero y él estalla en risas.

—¿De qué te ríes?—pregunto frunciendo el ceño.

—No han perdido el tiempo—sigue riendo.

—¿Puedes dejar de reírte?—estallo molesta.

—Vamos, no te quedes ahí afuera. Entra—dice abriendo de par en par la puerta de su habitación.

Oh noooooo, no lo estoy considerando en absoluto.

Parece una conspiración en mi contra. Si el destino piensa que es divertido, se equivoca de lleno, aquí el único que se está riendo es Matteo, yo definitivamente no.

He hecho todo lo posible para mantenerlo alejado de mí y ahora ¿debería estar en unos pocos metros cuadrados con él? ¡Ni pensarlo!

Retrocedo alcanzando la pared detrás de mí. No tengo intención de encerrarme en una habitación con él después de todo lo que ha pasado hoy.

Primero sus avances, luego mi striptease. Prefiero dormir en el pasillo toda la noche.

—Será mejor que no—murmuro.

—No te saltaré encima, te lo prometo. Pero no puedes quedarte afuera esperando—dice.

Bajo la cabeza y entro. La habitación es idéntica a la nuestra, solo cambia la disposición de la cama, que está colocada del lado opuesto, por lo que nuestras camas están comunicadas.

Me siento en un sillón junto a la ventana y miro hacia afuera para evitar mirar a Matteo, que se quita los zapatos y los calcetines y deja el celular en la mesita de noche. También se quita el reloj y lo deja deslizarse sobre la cama.

Camina por la habitación con mucha soltura y de vez en cuando lo sorprende mirándome.

—¿Quieres algo de beber?—pregunta acercándose unos pasos a mi sillón.

Me levanto de golpe y me encuentro cara a cara con él y sus ojos hambrientos.

—S - Sí, gracias—balbuceo.

—Sin exagerar, ¿eh...?—me guiña un ojo y siento que mis rodillas ceden.

¿Qué diablos me pasa? Me siento ardiendo.

—C - claro—sigo balbuceando.

Trago saliva y vuelvo a sentarme.

Se aleja y coge dos vasos de vino.

El alcohol en la habitación es peligroso, tendré que mencionárselo a la señora Marisa, es una tentación peligrosa. Tal vez alguien quiere dejarlo y lo encuentra delante, es el momento justo para ceder y luego dejarlo de nuevo es difícil, para mí por ejemplo, no ceder a la tentación es muy difícil, sobre todo si estoy obligada a estar encerrada en una habitación con un hombre que emana deseo por todos los poros y que no hace más que hacer el amor conmigo solo mirándome.

—¿Todo bien?—pregunta dando un sorbo al vino.

Asiento con la cabeza para indicar un sí que no consigo sacar de mi boca.

Me siento de repente vulnerable, así que bebo todo el vino de un trago y vuelvo a llenar el vaso otra vez con las manos temblorosas.

El silencio se ve interrumpido por los gritos de Carlotta y Samuele que están dándole duro en la habitación contigua, en la cama que yo debería haber compartido con ella. Por el amor de Dios, parece que la está destripando.

—*¡Oh sí, sí, sí!*—grita esa desvergonzada de mi amiga, jadeando.

Me tapo los oídos con las manos y Matteo ríe como un loco.

—Has entendido a nuestros amigos...—su risa aumenta y yo solo puedo beber el otro vaso y volver a llenarlo con manos temblorosas.

—*No pares, no pares*—sigue la codiciosa.

Corro de nuevo a llenar el vaso aunque ya me siento un poco ebria y eso no está bien. No está bien.

Qué situación más embarazosa. Maldita sea Carlotta, ¿no podía haberlo hecho otro día y tal vez tener sexo con él en otro lugar sin obligarme a escucharla?

Sigo bebiendo una y otra vez mientras Matteo no puede dejar de reír, doblado sobre la cama.
—Sientes cómo se divierten!—Se desternilla de risa.

Me arde la cara y el estómago. El vino está haciendo efecto y me siento terriblemente culpable por haber bebido. Me levanto otra vez para ir al minibar pero tambaleo sobre mis tacones y al final caigo en el colchón junto a él.

Capítulo 10



La molesta luz que se filtra por la ventana me despierta. Me toco la cara y siento el maquillaje esparcido por todas partes. Levanto la cabeza y abro solo un ojo para tratar de entender primero quién soy y luego dónde estoy. Me levanto con dificultad y miro por la ventana. Ha comenzado a nevar.

¿Cómo diablos voy a volver a casa?, pienso desanimada.

Algo en la cama se mueve, me vuelvo lentamente y veo a alguien de espaldas durmiendo plácidamente.

Un grito sale de mí y él se levanta de golpe, todo somnoliento, tratando de enfocar la imagen de la loca que acaba de gritar como una corneja despertándolo, es decir, yo.

¿Matteo? ¿Qué hago en una cama con Matteo?

Salto de la cama y cuando me doy cuenta de que solo llevo puestas las bragas, tiro de la manta para cubrirme.

—Tu y yo... quiero decir, tú y yo...—hablo sin sentido y Matteo me mira confundido mientras se rasca la cabeza.

—Nuestro... tú... cómo pudiste... ni siquiera nos conocemos...—hago una pausa y me agito yendo de un lado a otro por la habitación. —No puede ser, no recuerdo nada... quiero decir, tú has estado...

Santo cielo, la situación parece tan absurda que ni siquiera puedo decirlo. Lo entendí una vez con Samuele, ¡pero ahora también ha sucedido con Matteo... dos son demasiadas! Debo dejar de beber, solo traigo problemas. Claro, con Samuele habrá sido solo unos cuantos besos y toqueteos, ¡pero con Matteo he hecho todo el trabajo completo!

Matteo se levanta completamente desnudo, mostrándome su perfecto y erecto amigo frente a mis ojos, me cubro la cara escandalizada y la manta se cae descubriéndome todo el cuerpo.

Intento cubrirme con una mano y con la otra cerrar ambos ojos para evitar anhelar el objeto de deseo que tengo delante, porque admito que es una tentación demasiado fuerte. ¡No es justo no recordar nada! ¡Quizás me merezca un vistazo!

Matteo me escanea primero de arriba abajo como si fuera un detector de metales, y luego, sin decir nada, pasa junto a mí con una sonrisa satisfecha y entra al baño. No hay dudas, por su cara se puede intuir perfectamente lo que hicimos esta noche! Al menos él lo sabe, espero haber causado una buena impresión, porque realmente no recuerdo nada. Doble mala suerte: hacerlo con un tipo molesto como él pero lamentablemente atractivo y no recordarlo.

Siento el agua de la ducha caer y la puerta de la habitación abrirse. Samuele entra de puntillas, sosteniendo sus botas en la mano. Cuando me ve, casi le da un infarto. Corro a recoger mis ropas

que están esparcidas por todas partes y salgo corriendo de esta habitación maldita, antes de que él abra la boca, pero no llego a irme sin tener que soportar el tercer grado.

—¿Mia, qué te pasa?—me pregunta preocupado.

—Cállate, cállate, no digas nada y quédate también lejos de mí.

¡Es culpa suya y de Carlotta si acabé en la cama con Matteo!

Entro en la habitación y encuentro a mi amiga durmiendo con una almohada entre las piernas, completamente desnuda. Qué pillo Samuele, se ha escurrido fuera de la habitación sin esperar a que ella se despierte.

Cojo la manta y se la echo encima, pero ella se despierta de golpe.

—¿Mia? —Parece sorprendida de verme.

—Has causado un desastre. Me has dejado sola, ni siquiera podía dormir, estaba sola con ese...

¡Ahhhhh qué rabia! Grito en mi cabeza.

—Lo siento, Mia, yo... —intenta disculparse, pero eso me pone aún más nerviosa.

—El móvil, ¿dónde demonios está mi teléfono?

Vací el bolso, lo encuentro y lo pongo a cargar.

—Tengo que irme, tengo que irme...—repito nerviosa.

El móvil se enciende y para mi sorpresa veo que tiene tres barras de señal.

—¡Estoy salvada! —Grito.

Carlotta sigue cada uno de mis movimientos confundida.

—¿Qué te pasa?

¿¿También me lo pregunta a mí!? ¡Por su culpa tuve sexo con Matteo!

No le respondo, busco en la agenda el número de mi madre y por primera vez en treinta y cinco años estoy feliz de escuchar su voz.

—Mia, ¿dónde has estado?—me pregunta preocupada.

—Nada, mamá, ayer mientras viajaba para llegar a Cassano D'Adda por trabajo, tuve un pequeño accidente, pero no pude avisar a nadie porque solo ahora el teléfono volvió a funcionar —explico.

—¿Un accidente? ¿Te lastimaste?

—No, mamá, solo rompí el coche—y hice un lío tremendo y no recuerdo haberme divertido con un hombre de infarto, pero no fue gran cosa, en fin, pienso.

—Menos mal que no te pasó nada. Dime dónde estás y te vendré a buscar con tu padre—. Y estas palabras son como un regalo del cielo.

Tengo que irme de este lugar pecaminoso.

—Gracias, mamá—susurro apenas y luego cuelgo la llamada.

Carlotta se viste y habla y habla sobre su noche de sexo desenfrenado con mi ex perseguidor.

—Lo escuché todo, tranquila—digo brusca.

¡Quisiera estrangularla!

—Nunca he visto algo así...—señala el tamaño del miembro de Samuele.

—Carlotta, ¡qué asco! No me importa la longitud de su pene. ¡Solo quiero volver a casa, sola, sin personas que están esperando aprovecharse de mí cuando estoy borracha!—grito furiosa señalando la pared para hacerle entender de quién estoy hablando.

¿Cómo pudo aprovecharse de una mujer borracha? ¿Qué tipo de hombre es?

Soy una tonta, le dejé libre albedrío sobre mi cuerpo.

—Mia, yo me quedaré aquí, si no te importa. Samuele me pidió que almorzáramos juntos hoy —dice soñadora.

—Lástima que huyó como un ladrón de tu habitación sin ni siquiera saludarte. No sabía cómo pasar la Nochebuena y encontró la solución—dejo escapar con un tono ácido.

—Me despertó con un beso, me saludó y luego fue a ver a Matteo—me informa con aire triunfal para desmentir mi teoría del coqueteo navideño.

Encogí los hombros.

—Está bien. Mi padre está viniendo. Nos vemos mañana...—digo fríamente.

—Lo siento de verdad, cariño. No pensé que pasaría algo con Samu... y luego pensé que tal vez te gustaba un poco Matteo—. Me abraza, y no puedo seguir enojada con ella. Me molesta admitirlo, pero no es culpa suya si terminé en la cama con Matteo. No debí exagerar con el alcohol.

¡Estúpida, Mia, estúpida, Mia!

Recojo mis cosas y, antes de salir de la habitación, me vuelvo y regreso, acercándome a ella. La saludo con un beso en la frente y bajo a esperar a mi padre.

Capítulo 11



Cuando bajo las escaleras, miro a mi alrededor en busca de los dueños del Bad. Voy directamente a la cocina y la señora Marisa, apenas me ve, me sirve un café caliente en una taza y me la ofrece.

—Toma, cariño...—me sonrío.

—Gracias, señora, justo necesito un buen café para recuperarme—digo agradeciéndole con una amplia sonrisa.

—¿Dormiste bien?

¿Dormir bien? Si pudiera recordarlo, podría responderle.

—Muy bien—miento.

Bebo sorbos pequeños, sentándome en el taburete. Ella me sonrío, apoyada en el fregadero con el trasero.

—Mi padre vendrá a recogerme en un momento—la informo mientras dejo la taza vacía en el fregadero.

—Lamento no pasar la Navidad con ustedes, son muy amables—admite dulcemente.

Si no fuera por todo el alboroto nocturno con Matteo, me habría quedado con mucho gusto.

Estoy a punto de responder, pero escucho pasos detrás de nosotros y es Matteo con la chaqueta en la mano. No puedo sostener su mirada, mientras él no hace más que buscarla. ¿También se está yendo él?

—Señora, ha sido muy amable, quería informarle que me estoy yendo y agradecerle por la excelente cena de anoche y por todo lo demás—. Me mira directo a los ojos mientras susurra esas últimas palabras.

¿Seré yo, *todo lo demás*?

Recuerda, Mia, recuerda. ¿Cómo fue hacer el amor con alguien que te perturba solo con la mirada? Recuerda, por favor.

Esta vez la he liado en grande. Acostarme con alguien recién conocido solo porque el alcohol me nubló completamente. Toqué fondo.

¿Qué pensará ahora Matteo de mí? Primero permito que su amigo me bese, luego le concedo mi cuerpo como si nada. Y luego me permito el lujo de criticar a Carlotta, ella al menos estaba consciente y sabía muy bien lo que quería.

Estoy segura de que si estuviera sobria, nunca habría tenido sexo con él. O al menos eso creo, sigue siendo un hombre muy atractivo. Demasiado incluso.

—Chicos, hay dos coches afuera. ¿Estaban esperando a alguien?—dice Bob entrando en la cocina.

—Sí, es mi padre, me estoy yendo—anuncio.

Me asomo por la ventana y afuera hay un taxi y el Range Rover negro de mi padre, que con la nieve que cae a copos pesados se ha vuelto medio blanca.

También saludo a Marisa y Bob, y siguiendo a Matteo salgo para encontrarme con mi padre.

Antes de subir al coche, Matteo me lanza una mirada que parece casi melancólica.

Y de nuevo una sensación de calor me envuelve. Bajo la mirada y entro al coche sin saludarlo. Ojeo por el espejo lateral y aún lo veo allí, mirando en mi dirección. Mi padre pone en marcha el coche y la figura de Matteo desaparece lentamente de mi vista.

—¿Estás bien, cariño?—me pregunta preocupado.

—Sí, solo quiero volver a casa—digo con un hilo de voz. Mi padre apoya una mano en mi pierna y me acaricia.

—Es justo allí donde te estoy llevando. Tranquila, cariño—. El tono de su voz es muy dulce, justo como él.

A veces pienso que mi madre no lo merece, ellos como pareja son como el lobo y el corderito. Pobre papá, en manos del lobo siempre corre peligro. He presenciado muchas veces sus discusiones y él, para no ser destrozado, siempre ha bajado la cola entre las piernas.

Durante todo el viaje no puedo dejar de pensar en lo que sucedió.

Capítulo 12



Entro en casa, enciendo las luces y dejo caer el bolso al suelo. Arrojo las llaves sobre la mesa de la cocina y abro la nevera. Me quedo mirando el desierto por unos segundos.

¡Santo cielo, tengo que hacer la compra urgentemente!

Cojo un zumo, verifico que no esté caducado y busco un vaso en el armario. Bebo a grandes sorbos, vaciando todo el contenido en un segundo. Estoy agotada física y mentalmente.

Ayer fue un día fuera de lo común, y ni hablar de la noche que pasé con Matteo, un hombre atractivo, sexy, con un trasero impresionante, ¡pero ni siquiera recuerdo cómo es en la cama! Dios, ¿cómo debería llamarlo? ¿Encuentro casual, solo sexo, o amor? ¡Pero qué se me ha perdido! Ni siquiera lo conozco y no recuerdo nada sobre su desempeño en la cama debido a mi amnesia total.

Sacudo la cabeza para alejar el pensamiento de Matteo. No tengo ganas de perderme en pensamientos que no llevan a nada, total, no recuerdo y no quiero recordar nada de él. Voy al baño y abro el agua de la ducha para que se caliente bien. Me desvisto y entro. Mi madre, esa rompe pelotas, vendrá a verme en cualquier momento. Se fue a buscar algo para comer, diciendo que no quería dejarme sola justo hoy, pero justo hoy es cuando más quiero estar sola.

Me pongo el albornoz y con la manga intento quitar el vapor del espejo. Lo que veo no me gusta nada, ¡me veo horrible! Para desaparecer las ojeras de mi cara no bastará con un tubo de corrector de ojeras.

¡Basta, basta de alcohol, me ha destrozado en todos los sentidos!

Me visto y mi madre aparece en casa con dos bolsas llenas de comida.

—Caro, estás...—hace una mueca de disgusto sin terminar la frase, pero por su expresión se entiende claramente su pensamiento.

¡Soy un desastre, gracias, mamá!

—Mira, tía Caterina preparó col rizada anoche...—empieza a decir mientras vacía lentamente las bolsas.

Esto no lo necesitaba, me prometí no pensar en Matteo, pero es imposible, ¡siempre hay algo que me lo recuerda!

—Mia, ¿me estás escuchando?

—Mhm, mhm...—murmuro ausente.

—¿No te sientes bien?

En realidad no, mamá, me lo pasé bien con un hombre con un pene enorme, ¡y ni siquiera recuerdo si sabía usarlo o si era mejor que Rocco Siffredi! Y en realidad mi malestar no se debe a eso, sino al vacío que siento ahora que sé que nunca lo volveré a ver. Porque ese odioso,

antipático y arrogante, en el fondo, muy en el fondo, vale, no tan en el fondo, me gusta un poco. ¡Así es, lo pensé y no quisiera haberlo hecho nunca!

Sacudo la cabeza, sorprendida. ¿Cómo puede gustarme alguien como él? ¿Cómo puedo siquiera considerarlo cuando ni siquiera lo conozco y se aprovechó de un momento de debilidad para llevarme a la cama? Me usó mientras estaba fuera de mí, no tuvo respeto y en fin... por la mañana ni siquiera intentó un acercamiento amistoso, solo fui un polvo y nada más, una noche insignificante que olvidará pronto. ¡Y qué rabia! ¡Qué rabia no haberle dejado una impresión al menos un poco...! ¿Pero qué me está pasando? No puedo tener estos pensamientos, no yo, que hasta ayer salía a emborracharme a propósito, no yo, de relaciones fugaces. Tal vez entendí por qué me molesta tanto, esta vez no fui yo quien eligió, fue alguien más quien jugó conmigo y no estoy acostumbrada. Sí, bebo, pero por lo general soy consciente cuando profundizo en una relación con un hombre, así que sé cuándo voy a la cama con él y lo hago de manera consensuada. Luego, después de un tiempo, los dejo como si fueran ropas pasadas de moda, no lo hago con maldad, pero soy alérgica a los sentimientos, tengo miedo de depender de alguien. Y no quiero en absoluto experimentar esa desagradable sensación de dolor atormentado que se siente cuando alguien de quien dependes te deja. Porque es matemático: si estás sentimentalmente involucrado con alguien, ese alguien te hará daño y sufrirás las penas del infierno y te llamarás estúpido por haberte dejado llevar. Es mejor ir a lo seguro y no sufrir: es mejor estar solo, lejos de las decepciones.

—Estoy simplemente cansada, mamá, y tengo muy poco apetito...—finjo un poco, fingiendo tener malestares inexistentes debido al accidente.

Solo quiero evitar un tercer grado, porque ya estoy estresada por mi cuenta. Y también deseo romper algo, pero luego recuerdo el coche y ya está... ¡por el momento ya he tenido suficiente!

—Entonces te dejo todo en la nevera, luego, si tienes hambre, mira qué puedes preparar. Me voy a casa, así hago compañía a las tías, ya que la abuela estos días está dando guerra porque nadie quiere jugar a las cartas con ella—dice de una vez.

Mi abuela Lina, la madre de mi padre, es una mezcla entre una hiena y una zorra, antes de devorarte logra hacerte creer que es justo que te coman. Jugando a las cartas es una gran tramposa, hace trampas como si nada y si intentas contradecirla se vuelve peor que una loca desatada, ¡solo le falta saltarte al cuello y arrancarte la yugular a mordiscos! Asiento sin decir nada y después de unos segundos ya he acompañado a mi madre hasta la puerta.

Ahhhh, ahora sí que puedo relajarme. Me tiro de golpe en el sofá, cojo el control remoto y hago zapping en la televisión.

El teléfono suena, lo cojo y encuentro un mensaje de Carlotta.

Carita, ¿todo bien? ¿Has llegado? Yo estoy oficialmente colada, Samu es un hombre maravilloso. No veo la hora de volver a casa para contarte todo en detalle.

¡Hasta mañana!

Yo evitaría los detalles después de lo que he escuchado. No tengo ganas de responder ahora, le diré que estaba durmiendo.

Cierro los ojos por un segundo.

Veo a Matteo, desnudo, que se levanta y viene hacia mí con esa sonrisa satisfecha en el rostro, se acerca, más y más, demasiado. ¡Dios mío, qué hace! Abre los brazos, se planta delante de mí mostrando su instrumento. ¡Oh Dios mío! Es grande, no, ¿qué digo? ¡Enorme y...! No mires,

Mia, date la vuelta, hazte la ciega, ¡Miaaaaaaaaaa, no mires! Me despierto de golpe. ¿Qué tipo de sueños estoy teniendo?

Me froto los ojos, apago la televisión y cambio de posición, me lanzo a la cama, esperando no dar rienda suelta a mis pecaminosos sueños sobre Matteo.

Capítulo 13



Han pasado tres días desde la noche que pasé en ese Bed and Breakfast. Desde que Carlotta regresó a casa, ya no es la misma, la descubrí perdidamente enamorada de Samuele, y debo admitir que no me molesta en absoluto. Es diferente, está feliz y siempre de buen humor. Descubrimos que no vive muy lejos de nosotros. De vez en cuando se queda a dormir aquí y por las mañanas debo soportarlo mientras deambula por la casa medio desnudo con mucha naturalidad.

Hoy también estoy llegando tarde. Regreso al trabajo aunque no tengo ganas de ir. En la cocina me encuentro con Samuele, vestido de manera extraña.

—¡Buenos días, gatita!—dice con una sonrisa divertida.

Lo miro con desdén y tomo una rebanada de galleta, le pongo un poco de mermelada y la muerdo. Ya se ha aferrado a este apodo y no hay forma de hacer que lo quite.

—Te saluda Matteo—me informa mientras prepara el café.

Fingí no haberlo escuchado.

—¿Entendiste?

—Sí... adiós...—lo despacho así mientras voy en busca de las llaves, con la galleta en la boca. Las encuentro de inmediato en la mesa de entrada.

Esta vez recuerdo perfectamente todo lo que hice la noche anterior, salí pero evité el alcohol, y me gustaría seguir así.

En el ascensor repaso mi lápiz labial y luego me precipito a mi coche. Llego a la oficina con solo cinco minutos de retraso, he corrido como loca, imitando al señor Bob. Pienso en ellos, en la maravillosa velada que pasé gracias a esos dos adorables ancianos.

Un día podría pasarme a visitarlos. No puedo evitar pensar también en Matteo y en lo que he sentido cada vez que sus ojos han rozado mi cuerpo.

Me pongo a trabajar, tratando de poner mi cerebro en pausa, porque, si continúo así, definitivamente explotará. Lombardi entra en mi oficina sin siquiera llamar a la puerta. Está serio y sudando. Dios, me dan ganas de levantarme, tomar un pañuelo y secarle la cara sudorosa.

—Mia, aunque hayas causado un desastre total, Falconi está dispuesto a darnos otra oportunidad. Vendrá la próxima semana—me informa de inmediato, sentándose en la silla frente a mi escritorio.

—Está bien, perfecto.

—Está bien, perfecto un cuerno. No causes más problemas—gruñe nervioso.

—No te decepcionaré—trago saliva en vano.

No puedo dejar pasar esta segunda oportunidad.

—Ya he escuchado esa frase antes—me señala molesto.

Tiene razón, también lo dije la otra vez, pero todo lo que sucedió después no fue culpa mía, o al menos en parte. Si hubiera sido más cuidadosa, nunca habría chocado el coche de Matteo, y nunca lo habría conocido, y a estas alturas estaría más tranquila, habría conocido al Sr. Falconi y no estaría aquí, con Lombardi, soportando el mismo sermón de siempre.

—Está bien, asegúrate de no hacerme lamentar no haberte echado de esta firma legal.

Bajo la mirada y asiento a sus palabras. Él me deja sola y me quedo sentada en mi escritorio mirando la pared blanca frente a mí.

Pienso en Matteo y preferiría no hacerlo más. Por culpa de nuestra estúpida pelea, me encuentro en medio de un mar de problemas.

Las horas han pasado rápido y por suerte puedo regresar a mi guarida y dejar de pensar en todo lo que me pasa por la cabeza. Salgo de la oficina y Martina se me acerca con pasitos insinuantes.

—La cita con Falconi está programada para las seis del jueves—me informa con una sonrisa.

¿Qué demonios tiene para sonreír? Estoy perturbada por todos estos eventos que están ocurriendo en mi vida.

—Gracias—digo fríamente.

Me dirijo hacia el ascensor y mientras nerviosamente presiono el botón para llamarlo, escucho sus pasos detrás de mí.

—Que pases una linda tarde—la escucho decir a mis espaldas.

¡Por Dios! ¡Ella es mi pájaro de mal agüero! Cada vez que me desea cosas, ¡me pasa de todo! ¡He encontrado la causa de mis desgracias! ¡Ayer también me deseó un «buen día» que, obviamente, fue un desastre!

Capítulo 14



Torno a casa y encuentro a Samuele en la cocina. Me acerco y miro a mi alrededor. Carlotta no está con él y en casa hay demasiado silencio. Tan pronto como me ve, me sonrío. Estoy agotada, dejo mis cosas en la mesa de la cocina y me masajeo el cuello.

—Hola, gatita—dice con una gran sonrisa.

—Hola... ¿podrías dejar de llamarme así? ¿Dónde está Carlotta?—pregunto nerviosa.

—Creo que está en casa de su madre...—responde distraídamente.

¿Creo? ¿Cómo que creo?

—¿Por qué estás aquí?—me atrevo a preguntar, mirándolo con el delantal puesto, medio desnudo. Me dan ganas de reír, me recuerda al cocinero desnudo de la serie *Matrimonios y otras locuras*.

—¿Por qué te ríes?

¡Dios mío, me ha pillado! Cojo un vaso de la alacena, abro el grifo y dejo correr un poco de agua, con los ojos inquisitivos de Samuele sobre mí.

—Nada—me limito a decir tratando de no estallar en risas. Es demasiado gracioso verlo así.

—Mia, ¿me estás tomando el pelo?—Una sonrisa divertida aparece en su rostro.

—No, no—miento descaradamente.

—¿Quieres ver cómo dejas de reírte de inmediato?—dice ahora serio.

—Vamos, aún...—río de nuevo. No puedo estar seria.

—¡Quiero ver si seguirás riendo cuando veas a Matteo!

¿Matteo, otra vez él? ¿Por qué tengo que escuchar su nombre otra vez?

Me pongo seria y lo observo por un rato. Él, triunfante, estalla en risas y yo quiero golpearlo en la cabeza con una sartén para que se calle.

Qué grosero es.

—¿Ya no te ríes más?—Ahora es él quien no puede dejar de reír.

—¿Qué tiene que ver Matteo?—Lo miro desconcertada.

—Carlotta lo invitó a cenar. ¡Cena romántica para cuatro!—revela de inmediato.

—¡¿Qué?!—trino histérica.

—Te dije que dejarías de burlarte de mí—dice desafiante.

Me toco la cara y siento que está ardiendo. Estoy furiosa, ¿cómo pudo invitar a ese hombre, insolente, abusador, antipático, a mi apartamento?

Recojo mis cosas y dejo el vaso en la mesa. Trato de manejar el pánico. No quiero verlo. Tengo que irme antes de que llegue.

Me dirijo rápidamente hacia la puerta y justo cuando estoy por agarrar la manija, siento que la

puerta de casa se abre y me asusto. El corazón late rápido, apenas escucho la voz inconfundible de Matteo hablando tranquilamente con Carlotta. Me aplasto contra la pared y tan pronto como ella abre la puerta de par en par, logro escurrirme.

—¡Miaaaaaaa, ¿a dónde vas?—la voz de Carlotta se vuelve aguda en la escalera.

Bajo de dos en dos, casi cayéndome varias veces.

Me precipito al coche y arranco a toda velocidad, sintiéndome por un momento más intrépida que el señor Bob.

Lo sé, parezco una loca, huir de esa manera es realmente absurdo, pero ¿cómo puedo mirarlo a los ojos sabiendo que he tenido sexo con él? ¿Qué debería haber hecho, fingir que estaba tranquila?

No, no puedo, no me sentiría cómoda, y además él es un villano, se aprovechó de mí. No, no quiero verlo nunca más, quiero que él sea solo un encuentro pasajero en mi vida.

Giro sin rumbo por las concurridas calles de Milán. No sé adónde ir, tendré que volver a casa, no puedo dormir en el coche. Maldita sea Carlotta, maldita sea Samuele y maldito él por haber trastornado mi vida en un día. Estaciono el coche en doble fila y me quedo unos segundos pensando en qué hacer, no quiero dar vueltas sin rumbo por la ciudad. Pero tampoco quiero volver a casa.

Bob y Marisa. Ahí está la solución, ellos son mi salvación! Iré a verlos, total, es viernes por la noche, mañana no hay trabajo y no hay preocupaciones. Me quedaré allí todo el fin de semana. Todo mío, solo mío, en completo relax.

Arranco de nuevo y me pongo en camino.

Capítulo 15



Después de más de una hora, me encuentro tocando la puerta verde ácido del Bed and Breakfast de la señora Marisa. Mi corazón está en medio de la tormenta desatada por Matteo. Nunca antes había huido de esta manera, siempre enfrenté las cosas, siempre dejé a los hombres sin muchos remordimientos, pero ¿por qué al solo pensamiento de verlo entré en pánico total?

Podría haberle dicho claramente que no quería verlo más.

Después de unos minutos, la puerta se abre de par en par, dejando salir el cálido abrazo que ya me había acogido.

—Querida, ¿cómo estás?—La señora Marisa está feliz de verme y se nota por la sonrisa que me ofrece.

Me mira con ojos dulces y tiernos, con aire de quien ha notado algo que no va bien en mí. No sé por qué demonios, pero estallo en llanto en el umbral de su puerta. Soy un desastre, no, mejor dicho, mi vida es un desastre.

—Oh, cariño, ¿qué te pasa?—Me envuelve con sus brazos y me apoyo en su pecho. Este abrazo me recuerda a mi abuela. Ella siempre estaba lista para cuidarme.

Me hace entrar y me siento inmediatamente protegida. Me siento en el sofá y fijo la mirada en el fuego que chisporrotea frente a mis ojos húmedos.

—Quédate aquí, te traeré algo caliente—dice la señora Marisa, poniendo una mano en mi hombro y luego apretándola ligeramente en señal de comprensión.

Permanezco en silencio. Solo después de unos minutos me doy cuenta de que el señor Bob está sentado a mi lado.

—¿Más problemas? ¿Tu jefe te ha despedido? ¿Tu madre te echó de casa? ¿Tuviste una pelea con alguien? ¿La policía te está buscando? ¿Has matado a alguien?—hace preguntas rápidas y me cuesta seguirle el ritmo.

No he matado a nadie, solo a mí misma.

—No, solo que siempre meto la pata—admito con pesar, bajando la mirada. Siento que los ojos aún me pican.

—Si quieres hablar de ello, estamos aquí...—La señora Marisa vuelve con una taza humeante entre las manos y se sienta también.

Todo aquí me recuerda a Matteo. ¿Cómo puedo estar tan afectada por él si ni siquiera lo conozco?

Bufé y me enderecé. Ambos están sentados a mi lado. Estoy rodeada.

¿Cómo puedo decirle a una mujer de al menos setenta años que soy una mujer de moral flexible? Soy una fácil que se deja llevar cuando está ebria. Quién sabe cuántos otros líos he

causado. Estoy desanimada y sorprendida por mi ser así... así... mejor no lo digamos. Podría insultarme durante horas, incluso días.

—¿Recuerdan a los dos chicos que estaban con nosotros?—Pregunto con un hilo de voz.

Tal vez hablar con ellos me servirá, me digo.

—Oh sí, por supuesto... Matteo era un buen chico—dice con aire soñador.

Su esposo frunce el ceño con desaprobación y se rasca la cabeza. Lo observo y me dan ganas de sonreír, ¿está celoso de su esposa?

Qué tierno. Me gustaría llegar a su edad, con un esposo tierno y celoso de mí, justo como el señor Bob lo es de su esposa.

—Sí, Matteo—murmuro. Matteo, mi tormento.

—El problema es él mismo—admito.

Marisa se voltea hacia mí y me toma las manos, apretándolas con fuerza. Dejo que lo haga y el contacto con esta mujer me hace sentir inmediatamente tranquila.

—Me lo imaginaba. Vi cómo te miraba.

Me gustaría preguntarle cómo, porque por la forma en que lo dice parece sugerir mucho más de lo que pienso.

—Él... y yo... En fin, nosotros no somos nada, en realidad... Ni siquiera lo conozco realmente.

—Pero te gusta, ¿reciprocamente sientes interés por él?

—¿Interés? Oh, no creo que él pueda estar interesado en alguien como yo... Quiero decir, mírame, ¡soy un completo desastre!

Ella niega con la cabeza y me acaricia la mejilla. Me hace sentir como una niña que ha hecho una travesura pero que es perdonada y tal vez realmente necesito esto, sentirme comprendida, no juzgada.

—Te miro y no hay nada mal contigo. Eres una chica hermosa. Cualquier cosa que te preocupe, déjala alejarse de ti. Todos cometemos errores y nadie es perfecto, querida. Y los desastres solo nos sirven para hacernos comprender que podemos mejorar, que todavía tenemos mucho que aprender.

Se me escapa una sonrisa. ¿Realmente no está mal cometer errores? Nunca lo había considerado desde esta perspectiva. Sé que tengo limitaciones y muchos defectos, sé sobre todo que no puedo controlar cada momento de mi vida y el hecho de haberme dejado llevar por unos cuantos tragos de más muestra que quería alejarme de mi ser tan compuesto y racional. En el fondo, dentro de mí estaba cansada de mi cotidianidad, aunque tan segura y confiable, necesitaba algo que me sacudiera, que me hiciera sentir viva. He luchado durante años contra mi yo soñador, quería silenciar mi parte emocional, porque sé lo mucho que puede doler mostrarse en nuestras debilidades a los demás. Tuve miedo y ese miedo me nubló, me persiguió, me mantuvo atrapada en convicciones equivocadas. No podemos alejar el dolor manteniendo alejados los sentimientos. No somos máquinas programadas para evitar las decepciones o robots sin corazón. Debemos vivir cada emoción con la conciencia de que estas, a veces, pueden ser tan fuertes que pueden aniquilarnos pero al mismo tiempo pueden salvarnos del frío y de la racionalidad. Porque no hay nada más hermoso que dejarse llevar por nuestros sentimientos y ser comprendidos y amados por lo que somos, con defectos y virtudes.

—Gracias—digo sinceramente y en un impulso inesperado me levanto para abrazarla. Quisiera decir muchas cosas pero mis ojos están húmedos y mi voz tiembla. —¿Puedo quedarme aquí hasta el domingo?—pregunto con esperanza.

—Pero claro, querida—interviene Bob.

Capítulo 16



Esperaba dormir, pero han pasado diez horas desde que me recosté en la cama y aún estoy despierta. Despierta, con la mente abrumada de pensamientos.

Mi teléfono sonó toda la noche. Carlotta me bombardeó con llamadas, pero nunca respondí. Ni siquiera a sus mensajes amenazantes. No he dejado de pensar en Matteo ni por un momento. No entiendo qué diablos me pasa. Nunca me he hecho tantas preguntas como ahora.

¿Por qué estoy tan triste?

¿Por qué huí?

¿Por qué quiero desesperadamente recordar lo que sentí con él bajo las sábanas?

Fui estúpida, pero la idea de tener que volver a verlo me ha dado ansiedad. Miro el reloj en la pared de enfrente. Son las seis de la mañana. La luz se filtra intrusiva por las persianas entreabiertas. Hace frío, olvidé abrir las ventanas y solo ahora me doy cuenta. Me levanto resignada de la cama. Ya no creo que vaya a dormir. El teléfono suena de nuevo. Un número desconocido parpadea en la pantalla. ¿Y si es mi madre o alguien que quiere avisarme de algo importante sobre mi familia?

Me armo de valor y contesto, con el corazón latiéndome fuerte.

—¿Hola?—susurro.

—¿Mia?—Es la voz de un hombre que pronuncia mi nombre.

Sensual, serena.

Ni siquiera puedo respirar, ya sé quién es.

—Mia, ¿dónde estás? Te hemos buscado toda la noche—dice con un hilo de preocupación.

Matteo, otra vez él, aún fijo en mis pensamientos. El sonido de sus palabras me perturba.

—Déjenme en paz—estallo.

—Carlotta está preocupada por ti. ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué te fuiste así?

Oh Dios, él también con todas estas preguntas.

Permanezco en silencio una vez más, perdida en mis pensamientos y en el deseo de preguntarle algo sobre esa noche. Me hago mil paranoias sobre su rendimiento, ¿y si en realidad él es un desastre? Bueno, cuando se despertó, ni siquiera dijo una palabra, quizás estaba deseando quitarse de encima el desastre que acababa de llevarse a la cama.

—Mia, ¿sigues ahí?—Estoy aquí, pero necesito respuestas, necesito mirarlo a los ojos.

Necesito entender por qué este hombre me está volviendo loca de esta manera, huyo de él, pero dentro de mí tengo un gran deseo de hacer el amor con él para entender lo que sentí entre sus brazos.

—Por favor, responde.

¡Devuélveme mi voz, dónde demonios se ha ido! ¿Por qué no puedo decir nada?

—¿Dónde estás?

—Por favor, no me acoses. Dile a Carlotta que volveré a casa mañana por la noche...—digo tratando de mantener un tono tranquilo.

—Al menos dime dónde estás—. No suelta la presa.

—Debo irme...—cuelgo antes de que pueda hacerme más preguntas.

Mi dispiace per Carlotta, no quería preocuparla, pero no puedo evitar estar enojada con ella, al menos podría haberme informado de sus intenciones; en cambio, mantuvo la cena en secreto y no debía saber cómo estaban las cosas hasta el último minuto, ¡y encima de Samuele! Por poco no me encuentro con Matteo y no estaba lista para hacerlo. No puedo ser obligada a ver a una persona.

¡Maldición!

Dejo el teléfono en la cama, me pongo una manta sobre los hombros y bajo a la cocina. La señora Marisa ya está despierta y está sentada en una silla mecedora de mimbre.

—¿Ya despierta, cariño?—dice tan pronto me ve entrar en la cocina.

—No he cerrado los ojos—admito acercándome.

Cojo una silla y me siento a su lado en silencio. Nunca he estado tan callada en mi vida, si Carlotta me viera no lo creería, siempre se burla de mí porque hablo y hablo sin tomar aire. Ya no me reconozco.

—¿Quieres que te prepare el desayuno?—pregunta dulcemente.

En este lugar se respira un ambiente amoroso. Si pudiera, me quedaría aquí para siempre. Solitaria, oculta de todos.

—Sí, gracias, tengo mucha hambre.

Sonrío.

—Oh bien, así es como te quiero ver. No se muere por amor, también lo dice Massimo Ranieri —hace una pausa y se levanta, alcanzando una vieja radio apoyada en una alacena.

La enciende y después de unos segundos la música resuena en la cocina.

«Rosas rojas para ti he comprado esta noche y tu corazón sabe lo que quiero de ti. No se muere de amor y no sé explicar por qué muero por ti. Desde que te dejé, será porque cometí errores, pero vivo por ti».

¡Santo cielo, Massimo Ranieri a las seis de la mañana es para estrellarse contra la pared!

Marisa tararea junto a Ranieri, feliz, mientras mueve el trasero y al mismo tiempo me calienta un poco de leche.

«Tal vez en el amor ya no se usen las rosas, pero estas flores sabrán hablarte de mí. Rosas rojas para ti he comprado esta noche y tu corazón sabe lo que quiero de ti».

Querido Ranieri, lamento decírtelo, pero no entiendes ni jota, porque el corazón de una mujer no siempre sabe lo que quiere de un hombre. Especialmente uno como el mío, que durante años ha permanecido cerrado con llave.

Quisiera taparme los oídos con las manos, pero ver a la señora feliz también me hace feliz.

—¿Hay alguna tienda de ropa por aquí?

Necesito urgentemente darme una ducha y cambiarme la ropa que llevo desde ayer por la mañana.

—Por aquí no, querida, tendrías que ir demasiado lejos, además los domingos están todos cerrados. ¿Qué necesitas?—dice mientras deja la taza de leche en la mesa, indicándome que me siente.

—Quería comprar un cambio de ropa, quiero ducharme y no tener que usar las mismas cosas que llevo desde ayer—resoplo.

Sin mencionar el efecto que tiene ir de compras en cada mujer...

—Ven conmigo...—Y aquí está ella regalándome otra maravillosa sonrisa.

Adoro a esta anciana señora de buen corazón.

Capítulo 17



La señora Marisa me guía hacia una de las habitaciones del Bed & Breakfast. Saca una llave de su delantal y abre la puerta delicadamente. La habitación que veo frente a mí es diferente a las demás. Los muebles de madera antigua están visiblemente desgastados por el tiempo. Una cama de hierro forjado está colocada debajo de la ventana. Todo a mi alrededor está perfectamente limpio y ordenado.

—Aquí puedes encontrar un vestido limpio, si quieres—me indica un armario y un segundo después lo abre con mucho cuidado, como si tuviera miedo de arruinar algo.

—Yo... no...

—Mi hija no se enojará, estate tranquila—Sus ojos de repente se humedecen.

—¿Tiene una hija? ¿Y cómo se llama?

—Se llamaba Carolina y era hermosa. Sabes, te pareces un poco a ella.

¿Era? Oh Dios mío, ni siquiera quiero pensar que podría haberla perdido. Quizás se expresó mal.

—En esta habitación todo ha quedado igual, tal como ella lo dejó. Nunca he movido nada—confiesa mirando a su alrededor con los ojos cada vez más húmedos y cargados de emoción.

Un dolor en el pecho me hiere, debe haber sido devastador perder a su hija.

—Toma lo que quieras... —dice antes de salir de la habitación.

Me quedo en el centro de la habitación mirando el armario abierto. Las prendas están todas en fila en las perchas, divididas por color y longitud. Reúno valor y me acerco. Con una mano acaricio los vestidos, uno por uno. Huele a fresco y me pregunto cómo puede estar todo tan perfecto si la señora Marisa afirma que nunca ha tocado nada.

Mis ojos caen de inmediato sobre un vestido escotado, blanco, bordado con estampados de cerezas. Lo tomo sintiéndome culpable. Lo coloco en la cama. Me desvisto y me lo pongo. El algodón cae sobre mi cuerpo haciéndome estremecer.

—Voy a tener frío así—pienso.

Me miro en el espejo y doy una vuelta. Pero la culpa me quita el aliento, no puedo llevar el vestido de su hija, sabiendo que la ha perdido. No es justo. Mientras estoy a punto de quitármelo, Marisa aparece detrás de mí y su figura se refleja en el espejo delante de mí.

Me mira emocionada y quisiera quitarme el vestido de inmediato, pero ella pone sus cálidas manos en mis hombros.

—Te queda muy bien... me gustaría que te lo quedaras. Es una pena que esté aquí dentro. Sabes, era su vestido favorito.

Se me aprieta el corazón al escucharla hablar así. Quisiera preguntarle algo sobre su hija, cómo

la perdió, pero me muerdo la lengua e instintivamente me giro y la abrazo. Ella se aferra fuerte a mí.

—Ahora vamos a desayunar y luego te ducharás—sugiere, separándose de mí.

Asiento con la cabeza y la sigo una vez más en silencio, ahora más que antes.

Capítulo 18



El día pasa tan rápido que casi ni me doy cuenta. Pasé todo el tiempo con Marisa, la ayudé con unos clientes que llegaron tarde por la tarde y luego pasamos la noche sentadas frente a la chimenea contándonos nuestras vidas. Ella es una mujer muy fuerte, lo supe desde el principio y en sus relatos lo confirmé. Me contó cuando ella y su esposo se conocieron, y de su suegra que la odiaba y hacía todo lo posible para alejarla de Bob, que en realidad se llama Riccardo, pero no entendí bien qué relación hay entre el apodo y el nombre.

Un día, frustrada por la mujer, Marisa decidió encontrar el valor para enfrentarla. En ese momento ya tenían a su hija Carolina y ella la amenazó con desaparecer con su nieta y no dejarla verla más, así que su suegra se ablandó. Debo admitir que durante toda su historia lloré.

Carolina estaba volviendo a casa y mientras entraba en el camino del Bed and Breakfast, un hombre la atacó para robarle y la apuñaló en el corazón. Ella salió corriendo inmediatamente después de escuchar el grito de su hija, pero cuando la socorrió se dio cuenta de que ya no estaba. Deseé con todo mi ser abrazarla fuerte y tratar de aliviar un poco ese dolor que atormenta su corazón desde hace seis años.

Mientras estoy recogiendo mis cosas, la señora asoma la cabeza por la puerta con una sonrisa.

—¿Lista?

—Sí...—respondo con el corazón en la boca. No estoy lista para volver a mi vida. Por un momento logré sentirme en casa aunque no tenga nada que ver con esta mujer.

Se acerca y extiende una mano hacia mi rostro. Su mano cálida se posa en mis mejillas y acaricia mi piel.

—Sabes, has sido como un soplo de aire fresco. Hace tiempo que no me sentía tan bien con alguien desde que mi hija ya no está. Me has recordado los días que pasamos juntas—admite emocionada.

No puedo evitar lanzarme a sus brazos y abrazarla fuerte.

—Gracias por todo—. Es una mujer especial. Si le hubiera contado a mi madre lo que le he dicho a ella, me habría dado un sermón para toda la vida. En cambio, Marisa me escuchó y me aceptó con naturalidad, haciéndome sentir apreciada incluso en mis imperfecciones.

—Vuelve a visitarme pronto—susurra en mi hombro.

—Lo haré, te lo prometo—digo sinceramente.

Estoy en camino, no falta mucho para llegar a casa. Son las diez de la noche y espero no encontrar sorpresas desagradables.

Apago el coche con el corazón en la boca. Cojo el bolso y bajo, dirigiéndome hacia la entrada.

Abro la puerta tratando de no hacer ruido. Todo está oscuro. Dejo mis cosas en el mueble junto

a la puerta, atravieso el salón y tropiezo con la alfombra. Caigo al suelo y las luces se encienden de repente, haciéndome sobresaltar. De rodillas en el suelo, veo a Samuele dar unos pasos hacia mí. Extiende una mano y espera a que la tome. Me dejo ayudar.

—Mia, por fin—dice abrazándome.

Permanezco inmóvil entre sus brazos, confundida por su gesto. Me aprieta más fuerte y yo busco una salida.

—De esta manera me matas—digo golpeándolo en la espalda.

Él suelta el agarre y me mira fijamente. Yo hago lo mismo, esperando alguna palabra suya.

Me dirijo hacia la cocina y él me sigue. Se sienta en la mesa y sigue mirándome.

—Carlotta estaba volviéndose loca—dice con tono severo.

—Yo también... debería saber que no me gustan las sorpresas—respondo bruscamente.

—Lo siento, Mia, no pensé que te molestaría la presencia de Matteo...—La voz de Carlotta suena adormilada, pero sincera.

Me vuelvo, la miro apenada. Ella se apoya en el marco de la puerta y se frota los ojos. Es graciosa cuando lleva su pijama de franela rosa claro.

—Lo siento...—murmuro acercándome apenas.

Ella se acerca y me abraza fuerte.

—¿Dónde has estado?

—En casa de la señora Marisa—digo apartándome.

—Me has hecho preocupar... y no solo a mí—me guiña un ojo.

—Chicas, me voy a dormir, seguro que tenéis mucho de qué hablar—. Se acerca a Carlotta y le da un beso en la frente, me sonrío y nos deja solas.

—Me has hecho falta—admite.

Me toma de la mano y me arrastra hacia el sofá, se sienta y yo hago lo mismo.

Nos quedamos despiertas casi toda la noche hablando de lo sucedido. Necesitaba sentirme comprendida pero huí porque no sabía cómo enfrentar las consecuencias de mis errores. Sé que solo necesitaba tiempo y tener a Carlotta de mi lado. Siempre he sentido la necesidad de controlar mi vida, por miedo a recibir malas sorpresas. Pero quizás es mejor tropezar a veces, cambiar de rumbo y probar nuevos caminos, porque no siempre el camino de siempre es seguro. De hecho, a veces se corren más riesgos quedándose en un mismo lugar que cambiando, y hay que cambiar para evolucionar, para superar nuestros miedos. Nos merecemos nuevos comienzos.

Capítulo 19



Cuando suena el despertador la mañana siguiente, casi estoy tentada de lanzarlo contra la pared y seguir durmiendo para disfrutar del lujurioso sueño que estaba viviendo. Estaba entre sus brazos y esta vez estaba completamente consciente. Bueno, está bien, solo era un sueño, ¡pero parecía tan real! Realmente sentí sus manos en mi cuerpo. Saboreé sus besos. Y su boca logró satisfacer cada una de mis fantasías pecaminosas. Matteo se está convirtiendo en un tormento y tendré que esforzarme más para sacármelo de la cabeza. Con mucha renuencia, dejo la cama cálida y me meto bajo el chorro tibio de la ducha, con la esperanza de despertarme un poco y calmar mis ánimos. Me pongo un traje elegante y me maquillo de manera sencilla. Debo terminar el negocio con Falconi o estaré en graves problemas. ¡Lombardi me sacará del registro como mínimo!

Salgo de mi habitación, cojo mis cosas y estoy lista para enfrentarme a la boca del lobo con la cabeza en alto. Me dirijo a mi oficina, logrando llegar puntual por primera vez, incluso diría que con bastante antelación.

—¡Hola, Mia!—trina esa gallina de Martina en cuanto me ve cruzar el umbral del ascensor.

Falsa, Judas, Gata traicionera, la insulto en mi cabeza.

Le sonrío y me acerco a su escritorio.

—¿Ya ha llegado el jefe?—pregunto mirando a mi alrededor.

Ella niega con la cabeza y estalla el chicle que tiene en la boca.

—No, el guapetón ya está en tu oficina, parece bastante nervioso—gorjea.

Bien, el león ya ha llegado y ni siquiera tengo tiempo para un café.

No puedo enfrentar este día sin mi café. No existe. La última vez que sucedió, casi le muerdo el cuello a esta tonta.

—Entonces, voy a coger dos cafés de la máquina y lo alcanzo, todavía faltan unos minutos para nuestra cita—temporizo tensa como nunca.

Cojo dos cafés con leche, esperando que al cliente le guste así.

Regreso hacia la tonta que está detrás de su escritorio limándose las uñas pintadas de rojo. Levanta la cabeza y me hace una mueca, que debería parecer una sonrisa, pero diría que le sale más forzada.

Llego a mi oficina con los cafés humeantes en las manos y cuando abro la puerta casi los vuelco al suelo.

Cuando entro, encuentro a un hombre sentado frente a mi escritorio.

Lleva un traje gris elegante y golpea con los dedos el reposabrazos de la silla.

—Buenos días, señor Falconi—asumo un tono tranquilo y profesional, —Te he traído café—

añado, acercándome a él.

Cuando se voltea hacia mí casi me da un infarto.

—¿Matteo?—digo asombrada.

¡La tonta confundió a la persona, qué tonta, pensó que era el cliente!

—Mia...—Me sonrío como si mi presencia en esta oficina fuera lo más natural del mundo.

No está tan sorprendido como yo al encontrármelo allí, vestido elegantemente, más guapo de lo que recordaba.

—¿Qué haces aquí?—logro decir antes de dejarme caer pesadamente en mi silla giratoria.

—Tuvimos una cita, diría que desde hace días...—Frunzo el ceño confundida.

Se pone de pie y me tiende la mano esperando que la mía la alcance. Pero la mía permanece pegada al reposabrazos de la silla.

—Matteo, Matteo Falconi.

No puedo creer lo que estoy escuchando.

Debo haber entendido mal, sí, debe ser así. Ahora me despierto y me encuentro todavía en el sofá con Carlotta y esto solo es otro mal sueño que tengo sobre Matteo.

¿He estado con uno de mis clientes? ¿El famoso cliente tan deseado por Lombardi? No, por favor, esto es un sueño, ¿verdad?

—No puedo creerlo... no puede ser—. Me pongo de pie, pero tengo que apoyarme en el escritorio para no caer al suelo.

—Desafortunadamente sí, puede ser...—Él también se levanta y arregla su traje, que al mirarlo mejor le queda divino.

—No puedo haber tenido relaciones sexuales con uno de mis clientes. ¡Maldita sea!—estallo ya fuera de control.

Matteo se acerca y se para frente a mí, mientras yo retrocedo en vano, porque detrás de mí está el archivador donde guardo todos los expedientes que me bloquea la salida. Mira mis labios y siento las piernas aún más débiles.

—Páralo...—trago saliva en vano y trato de alejarlo.

—¿Parar qué?—murmura acercando su boca a la mía.

—Parar esto. Páralo—digo más decidida.

—No estoy haciendo nada. Todavía...—tan pronto como termina la frase, me agarra de las caderas y me aprieta contra su pecho duro como el mármol.

—¿Qué estás haciendo?

—¿No lo ves?—murmura excitado.

Saco la cabeza y siento que mi corazón galopa furioso.

Matteo me aprieta más y luego me besa. Me retuerzo, pero casi de inmediato dejo de hacerlo porque el contacto con sus labios me hace perder completamente la cabeza. Le devuelvo el beso y me aferró a él.

—Quizás esta vez logre tenerte para mí...—susurra apartándose de mí para ver mi reacción.

—¿Qué?—pregunto confundida.

—Te deseo desde que te vi. Esa noche, te observé dormir, aunque estabas hecha un desastre, eras tan excitante...—Busca mis labios, pero yo los evito.

—¿Qué estás diciendo?—Ya no entiendo nada.

—No tuvimos relaciones sexuales, pero no te imaginas cuántas ganas tenía de tocarte, besarte, tenerte... Ya estaba loco por ti. Me bastó una sola mirada para darme cuenta de que me habría enamorado sin remedio—confiesa.

¿Lo escuché bien? ¿Se ha enamorado de mí? ¡Pero si lo único que hizo fue chocar conmigo y burlarse de mí! ¿Se comportó así para evitar la idea de quererme? ¿Tuvo los mismos miedos y dudas que yo?

Pero ¿por qué hacerme creer que habíamos tenido relaciones cuando no era así?

Querría golpearlo con puños y besos y... más besos, profundos, sensuales, insaciables.

—¿Y por qué me mentiste?—busco explicaciones, mientras siento crecer la rabia dentro de mí.

—No lo sé, solo estaba bromeando. No podía acostarme contigo tan borracha y especialmente no con la mujer a la que debía encontrarme en su oficina hoy.

—¿Qué? ¿Ya sabías quién era yo?—Estoy asombrada y enojada al mismo tiempo.

—Chocamos en las escaleras ese mismo día. Era imposible no notarte—dice con una media sonrisa.

—¿Eres el idiota que me mandó al demonio?

—Cuánto te deseo, Mia...

Sin responder a mi pregunta, intenta besarme de nuevo pero, con un reflejo casi involuntario, mi mano se coloca abierta en su rostro y a una velocidad inaceptable para alguien como yo. Matteo se masajea la cara y logro liberarme de su agarre.

—Idiota...—digo antes de salir corriendo de mi oficina, bajando las escaleras a toda prisa.

Capítulo 20



¡Qué hijo de puta! Me hizo creer que había dormido con él estando borracha, haciéndome sentir miserable. Durante días creí que se había aprovechado de mí y que disfrutaba evitándome o burlándose de mí para ridiculizarme.

Traté de sacarlo de mis pensamientos porque no podía entender por qué se había comportado así conmigo y por qué seguía deseándolo a pesar de todo, solo para descubrir que no, no me había tocado ni un dedo, sino que sabía quién era yo y no fue honesto.

¡Fingió! Y no entiendo por qué. Solo sé que su comportamiento me enfurece. Me maldecí durante días por un error que no cometí, solo para descubrir que solo había estado bromeando. Pensé que había perdido a mi cliente y él ni siquiera hizo el mínimo esfuerzo por decirme quién era y tranquilizarme. Se mantuvo en el juego del extraño enojado conmigo por haberlo chocado. Lo intentó conmigo sin ser sincero.

Llego a casa y por suerte no hay nadie. Tiro mis cosas en el sofá y tomo algo para beber, desenroscó la tapa del jugo de naranja con las manos temblorosas. Estoy furiosa.

Lo que más me molesta es que tendré que volver a verlo.

¿Cómo pude desearlo?

Me gustaba, me atraía y el no recordar nada de él me molestaba, porque por una vez en la vida que encuentro a un hombre que puede impresionarme solo con sus hermosos ojos, ¡resulta ser un gran bribón!

Me tiro en el sofá y miro el techo.

Después de unos minutos, golpean la puerta, así que me veo obligada a levantarme para ir a abrir.

—¿Qué demonios haces aquí?—Estoy a punto de cerrar la puerta pero él la bloquea y entra sin pedir permiso.

—Pero ¿qué haces?—Lo empujo sin mucho éxito.

—Me gustas, joder, me gustas. Desde el primer momento en que vi tus ojos—murmura apartando mi cabello de la cara con una mano.

—Déjame—balbuceo apenas.

—No, no te dejaré escapar.

Hunde la mano entre mi cabello, enrollando algunos mechones entre sus dedos y apretándolos un poco.

—¡Déjame!—repito sintiéndome más blanda que un flan.

—Te lo dije, no te dejaré escapar. Me vuelves loco y no puedo controlar esto. Y si quieres la verdad, ni siquiera quiero hacerlo...

Quisiera resistirle, pero no puedo. También me gustó desde el primer momento en que lo vi, tuve una debilidad inmediata por este adorable gamberro malhumorado.

—Déjame...—repito aún, pero sé que solo deseo lo contrario.

—No—. Su boca se posa sobre la mía.

Me encuentro perdida y vulnerable entre sus brazos.

—¡Mierda, bésame!—digo atrayéndolo hacia mí y agarrándolo por la corbata.

—No me lo haré repetir dos veces...—Me muerde el labio y luego introduce ansiosamente su lengua en mi boca y yo le permito hacerlo.

El sabor de sus labios es afrodisíaco. Lo despojo rápidamente y lo arrastro hacia mi habitación. Nuestras manos son frenéticas y nuestras bocas insaciables. Debo tenerlo. Estoy sobria y estoy contenta por eso, porque así podré recordar cada detalle.

Me levanta haciéndome rodear sus piernas alrededor de su cintura y nuestros suspiros acompañan los besos hambrientos. Con una mano empuja la puerta de la habitación para cerrarla y me siento en una nube, ligera y feliz.

Continúa besándome, mientras con sus manos cálidas y fuertes me quita la ropa. Y en un instante, fuera la ropa y también las barreras que había construido entre yo y el amor. Él despierta sensaciones, emociones que no había sentido en treinta y cinco años.

Me recuesto en la cama y se acuesta sobre mí. Siento su erección chocar con mi intimidad y de inmediato me enciendo. Le rodeo nuevamente las piernas alrededor del torso y lo atraigo cada vez más.

Su boca se posa suavemente en mi cuello y me encuentro gimiendo ansiosa. Desliza lentamente hacia la clavícula, luego hacia el hombro y hacia mi pecho extendido hacia sus labios carnosos y ardientes. Empieza a estimular un pezón con la lengua y mis manos se posan sobre su cabeza, y me encuentro tirando de su cabello.

De repente me doy cuenta de que deseo a este hombre como nunca he deseado a nadie. Lo quiero, ahora mismo.

—Matteo—susurro su nombre con la voz abrumada por la excitación.

Él se aparta ligeramente de mí y clava sus ojos claros en los míos.

—¿Mia?—pregunta con voz ronca antes de lanzarse otra vez a mis labios quitándome el aliento.

—Estoy enloqueciendo, te deseo—me encuentro diciendo mientras me separo con dificultad de él.

Me mira de nuevo, una amplia sonrisa se abre paso en su rostro.

—¿Me quieres?—bromea, mientras me agarra por las piernas y me levanta de la cama.

—¿A dónde vas?—pregunto confundida, mientras sigo aferrada a su estatuario cuerpo.

Solo después entiendo sus intenciones, siguiendo la dirección de sus ojos. Me arrastra cerca de la ventana y me deposita en el alféizar. Dios mío, lo que está pasando es tan transgresor, podría morir ahora, pero sería una muerte hermosa.

—Entonces, ¿me quieres?—pregunta de nuevo, agarrando su miembro con una mano.

Mis ojos caen allí y casi me desmayo. Asiento con la cabeza y lo miro con avidez. Él sonríe y acorta las distancias.

Con un rápido y casi despiadado empuje, ya está dentro de mí. Me aferró a su vida y sigo sus movimientos. Alguien podría escuchar mis gemidos ansiosos, pero como decía Totò: — ¡Francamente, me importa un bledo!

Me dejo arrastrar por el huracán Matteo, sin miedos, sin inhibiciones. Hoy entendí que huir del

amor nunca sirve, porque si quiere te encuentra, te persigue, te espera detrás de la esquina y te aturde. Y eso es lo que me está sucediendo ahora, él me está penetrando primero en el corazón.

Capítulo 21



Cuando me despierto, me encuentro apoyada con la cabeza en su pecho desnudo. Está durmiendo. Tiro un poco de él y no puedo evitar mirarlo en toda su belleza incluso mientras duerme. Su cabello rubio está desordenado. Le acaricio un mechón y él abre los ojos de inmediato.

—Buenos días, problemática—murmura bostezando.

—Buenos días, acosador—digo riendo.

Me toma del brazo y me atrae hacia él. Coloca delicadamente sus labios sobre los míos y sonrío complacido.

—No te levantes. Quédate aquí conmigo, un poco más—susurra cerca de mi rostro.

No tengo intención de levantarme, con él ahora me siento en el paraíso y no quiero volver pronto al infierno de mi vida de siempre.

Me acuesto a su lado. Matteo se sube encima de mí con un movimiento rápido, así que me veo obligada a abrir las piernas. Se queda así, quieto, mirándome a los ojos, cautivado.

—Eres tan hermosa—murmura acariciando mi rostro con una mano. Estremezco con su toque y paso mis manos por su espalda. Lisa, poderosa. Dios mío, este hombre es tan hermoso.

—Miaaaaaa—grita Carlotta entrando en la habitación.

Y en cuanto se da cuenta de la presencia de Matteo grita como una loca: —¡Oh, Dios mío, está desnudo!

Carlotta se tapa los ojos con las manos y retrocede golpeando contra la pared detrás de ella. Matteo se aparta de mí y se cubre con las sábanas. Le escapa una sonrisa divertida pero estoy segura de que está tan avergonzado como yo.

También me cubro y me levanto. Carlotta está con la boca abierta y la empujo fuera de la habitación.

—¿Han...?—pregunta antes de salir.

—No, ¡solo hemos estado jugando a las cartas!—bromea Matteo.

—¡Matteooooo!—grito cada vez más avergonzada.

Cierro la puerta y respiro profundamente. ¡Qué situación! ¡Quisiera enterrarme!

Matteo se viste y yo lo miro prácticamente con la baba en la boca. Parece un san Bernardo. Trato de no mirarlo para no parecer una maniática sexual que al ver sus músculos quisiera saltarle encima y atarlo a la cama todo el día.

¿Pero qué estoy pensando? Realmente parezco una maniática.

Yo también me visto y corro al baño. Necesito una ducha fría para reanimarme.

Me miro en el espejo. Mis ojos están tan radiantes hoy, no como ayer que estaban apagados y

cansados. Él me ha trastornado en el verdadero sentido de la palabra, ha logrado sacudir mi corazón que durante años pensé que no funcionaba.

Pensé que había salido defectuoso de fábrica. No latía por ningún hombre y ahora no deja de hacerlo y quisiera que nunca parara.

Salgo después de unos veinte minutos. Limpia, maquillada, peinada y con una bata puesta.

Los encuentro a los tres sentados alrededor de la mesa. Mudos como peces que se miran entre sí. ¿Qué les pasa?

Me acerco a ellos y me siento también, siguiendo sus silencios.

—Pero, ¿qué les pasa?—pregunto después de un rato.

—Mia...—comienza Carlotta.

—Mia...—dice anche Samuele sin quitar los ojos de mí.

—¿Qué pasa?

—¿Te das cuenta de que ahora...?—hace una pausa y busca los ojos de Samuele. Luego, coloca una mano sobre la suya y la sostiene, como si buscara su apoyo. ¿Qué habrá pasado?

—¿Qué?—me estoy poniendo nerviosa.

—¡Pasaremos el Año Nuevo juntos... los cuatro!—grita como una loca lanzándose sobre mí. Me rodea los brazos al cuello y casi me estrangula.

—¡Tú no estás bien!—exclamo, soltando un suspiro de alivio porque pensé lo peor.

—Lo sé, de lo contrario no sería tu amiga—ríe estruendosamente.

—Siempre y cuando no la secuestre antes del tiempo—dice guiñando un ojo Matteo. Se acerca como un felino en plena caza y me atrapa por las caderas. Me lleva hacia la puerta y me levanta en brazos.

—¿Pero qué haces?—pregunto chillando.

—Te llevo a un lugar tranquilo, en tu casa hay demasiada gente y yo...—No termina la frase, me acomoda en el asiento de su coche, se sienta también a mi lado y arranca a toda velocidad.

Una hora después estamos frente a la villa que visité con el señor Bob la semana pasada.

—Aquí nadie nos molestará—. Me guía por su inmenso departamento cuidado hasta el más mínimo detalle, desde el tapizado oscuro, las paredes blancas y los muebles muy oscuros y minimalistas, pocos cuadros colgados y muchos libros apilados en el suelo junto a un sofá que a simple vista será tan grande como mi sala de estar.

—Wow—digo mientras mis ojos recorren cada rincón de la casa.

—¿Qué dices, ¿nos lanzamos a la piscina?—susurra abrazándome.

Asiento mientras sigo mirando a mi alrededor, deslumbrada.

—Ven...—Me toma de la mano y me lleva a una inmensa habitación semiiluminada, con cristales brillantes.

La piscina con agua cristalina y pequeñas luces en su interior hacen que la atmósfera sea idílica.

Con movimientos lentos y decididos me despoja de mis ropas y yo hago lo mismo con él. Me siento otra mujer en este momento. Fuerte, segura, sexy. Rodeo su cuerpo como un tiburón acariciando su piel desnuda con las manos.

—Eres hermosa—. Busca mi mano y la toma delicadamente. Da pequeños pasos hacia mí y acorta las distancias.

Estoy a punto de besarlo, estiro mis labios como si fuera un pececillo y antes de alcanzar los suyos, retrocedo y caigo como un saco de papas al agua, en el punto más alto.

—Oh Dios mío, oh Dios mío...—digo tratando de no ahogarme.

Un chapuzón profundo hace que el agua se agite. Es Matteo quien se ha lanzado a la piscina para salvarme del ridículo.

Vale, sé lo que están pensando, ¡soy una completa idiota, y tienen razón!

He tragado más agua en este momento que en toda mi vida. ¿Voy a morir?

—¡Ayuda!—digo jadeando mientras me hundo.

—¡Miaaaa!—. No sabe si reír o estar realmente preocupado. Claro, yo también lo estaría en su lugar ya que no sé nadar.

Me agarra de un brazo y me lleva a la superficie. Toso y lo peor es que lo hago en su rostro. Matteo estalla en una carcajada estruendosa y yo, molesta, le golpeo en el hombro.

—Deja de burlarte de mí—le golpeo de nuevo.

—Ay, ¿has tomado algunas clases de boxeo para débiles?—se burla cuando gracias a él logro alcanzar las escaleras.

Salgo del agua hecha un trapo.

—Te pedí un poco de privacidad, ¡no que te suicidarás en mi piscina!—sigue bromeando conmigo.

—Si no paras, este día podría ser tu último en la tierra porque te ahogaré—me acerco a él e intento golpearlo en broma, pero él es más rápido y me atrapa entre sus fuertes brazos. Estamos empapados de pies a cabeza y reímos como locos.

—Bésame, pequeña impertinente—me rodea los brazos alrededor de la cintura y luego me aprieta y besa quitándome el aliento.

Capítulo 22



Mi madre tenía razón, por una vez en la vida debo admitir que tenía razón. En mi vida faltaba algo, faltaba un hombre, listo para cuidarme. Faltaba el amor que durante años evité como la peste.

Matteo es tan diferente de las historias que he tenido. Antes dejaba a todos antes de que me encariñara.

Con él, en cambio, todo es natural, ahora no sabría estar sin Matteo, porque en poco tiempo ha llenado mis días y ha puesto un poco de orden en mi vida.

—Pásame el vino—dice Carlotta sacándome de mis pensamientos.

Llegamos al Año Nuevo los cuatro juntos como ella decía. Por una vez no huí de los sentimientos, al contrario, me dejé llevar por las emociones sin controlarlas.

—¡Mia, despierta!—La estridente voz de mi madre me hace saltar de la silla.

—¡Ves, el amor que bromea hace? ¡Primero lo evitas y luego te aturde!—dice mi hermana explotando el chicle.

La miro mal y luego la ignoro.

Matteo pone una mano en mi muslo y me mira cómplice.

—Qué hermosos son juntos...—dice soñadora tía Clara mirándonos.

—Una pareja hermosa. ¿Cuándo se casan?—pregunta tía Caterina tomándole el brazo a Matteo.

Él casi se atraganta con la pasta que se le atragantó.

—Será muy difícil ver a Mia en vestido de novia, nunca se casará...—Las salidas infelices de mi hermana siempre me dejan boquiabierta.

—Como mínimo deberían tener dos hijos. Mira qué guapo es tu novio, Mia, no esperábamos esto—agrega tía Clara.

Y esta vez casi se me atraganta la comida.

—No corran, hermanitas. Agradecemos a Dios que ha encontrado un joven guapo para pasar las noches—dice mi madre con mucha naturalidad.

—Señora Teresaaaaa—exclama asombrada Carlotta.

Samuele y Matteo se ríen como locos, y yo miro con ojos de corazón a lo que es mi novio en todos los aspectos.

—Ya llegamos al postre—. La señora Marisa llega con un enorme pastel entre las manos.

Sí, logré llevar a mi familia al lugar donde encontré el amor.

Decidimos pasar el Año Nuevo todos juntos al final. Bueno, mi madre decidió si debo ser sincera. ¡Como siempre!

—Señora Marisa, usted es la que debería casarse, no Mia—dice divertido Matteo.

—Ah, jovencito, yo ya encontré a mi alma gemela, ahora te toca a ti y si piensas que ya la encontraste, cásala, porque las cosas buenas hay que aprovecharlas en el momento, de lo contrario...—Deja caer así la frase, pero entendió perfectamente a dónde quiere llegar, porque Matteo ahora me está mirando.

Dios mío, ¿y si algún día me pidiera que me casara con él? No, estoy segura de que él entiende perfectamente mi opinión sobre el matrimonio. ¡O al menos eso espero!

—Yo ya encontré a mi alma gemela y de hecho...—Matteo se levanta y comienza a buscar en los bolsillos.

También Samuele se levanta y se acerca a Matteo susurrándole algo al oído. Matteo sonríe y Samuele le pasa algo, luego le da una palmada en la espalda. Vuelve a sentarse, mientras Matteo mueve la silla donde estaba sentado y se coloca a mi lado. Da un gran suspiro y se arrodilla.

No, no, por favor, Matteo, dime que no estás haciendo lo que imagino.

—Mia...—insiste y mi corazón se detiene repentinamente.

—Ahora intenta decirme que no...—Abre una cajita de terciopelo azul y dentro hay un hermoso solitario que brilla frente a mis ojos.

—Ohhhhhhhh qué románticoooooo—. Tía Caterina se seca las lágrimas con la servilleta, mientras el resto de los reunidos alrededor de la mesa nos miran conmovidos, esperando también ellos mi respuesta.

—¿Quieres ser mi compañera de vida... indefinidamente?

—Pero...

—Lo sé, apenas nos conocemos desde hace unos días, pero una mujer como tú raramente se encuentra y como eres una escapista, quiero asegurarme de no perder a esta maravillosa mujer que Papá Noel me regaló—dice riendo.

Ok, reflexionemos.

¿Estás lista, Mia, para aceptar a Matteo Falconi como tu esposo, el implacable empresario de cierto calibre en su entorno, pero dulce, atento, dios del sexo, en la vida cotidiana? ¿Estás lista para compartir con él la cotidianidad, lavarle la ropa, prepararle el almuerzo, la cena y el desayuno?

Reflexiona, Mia, y dale una respuesta en los próximos cinco segundos, ya que Matteo ha estado demasiado tiempo de rodillas frente a ti.

—Sí—. Las palabras salen de mi boca automáticamente y casi me sorprende.

Sí, lo quiero, quiero pasar el resto de mi vida con él porque estoy segura de que es el indicado.

Capítulo 23



Cuando vuelvo al trabajo, encuentro a Lombardi en mi oficina.

—Bravo, Mia, excelente trabajo. No solo Falconi ha decidido confiarnos el caso contra Rebbby & Co, sino que también te has ganado su atención. ¿En serio, se casarán?—Las noticias corren rápido, al parecer.

—Sí—respondo complacida.

Lo sé, he atrapado al soltero más codiciado de toda Milán y he decidido mantenerlo cerca.

—Entonces, tómate unas buenas vacaciones y ocúpate de tu boda—dice con una gran sonrisa.

¿Vacaciones? ¡Estupendo, las necesitaba! Es tan astuto, está ansioso de que alguien de su bufete de abogados se case con una figura prominente para hacer noticias.

Cojo mi bolso y me levanto rápidamente, no vaya a ser que tenga algún cambio de opinión. Él viene hacia mí y cuando entiendo lo que está por hacer, entro en pánico.

¡Oh cielos, grito en mi cabeza!

Se inclina hacia adelante y posa su rostro sudoroso en mi mejilla perfectamente maquillada.

Hago un esfuerzo por contener las náuseas. Se aparta de mí y siento mi rostro empapado. Si no fuera mi jefe, definitivamente le habría dado un cabezazo en pleno rostro.

Salgo corriendo y me dirijo al ascensor. Me miro en el espejo y con un pañuelo trato de quitarme esta repugnancia de la cara.

Corro hacia el coche y después de diez minutos estoy en casa. Hecha polvo, pero feliz de estar finalmente de vacaciones.

Han pasado solo diez días desde que Matteo me pidió que me casara con él y extrañamente aún no he tenido ninguna duda, de hecho, estoy ansiosa por casarme con él.

Matteo quiere hacer las cosas rápido, tal vez realmente tiene miedo de que pueda escapar de alguna manera, pero no es mi intención, he decidido quedarme en su vida. Me acomodo y me dejo deslumbrar por él una vez más.

De todos modos, no voy a huir. O eso espero.

Carlotta baila al ritmo de *Sofía de Alvaro Soler*. Aún no se ha dado cuenta de que he regresado. Me siento en el sofá y disfruto de la escena. Se retuerce y ahora también empieza a cantar.

—¡Oh cielos, me quieres matar!—grita apenas me ve.

—No, ¿cómo podría hacerlo sin mi dama de honor?—Me río a carcajadas de mi propia broma y ella hace lo mismo.

Me levanto y me uno a bailar también. Más feliz que nunca.

—*Mira, Sofía, sin tu mirada, sigo, sin tu mirada, sigo. Dime Sofía, cómo te mira. Dime cómo te mira, dime Sé que no, sé que no, sé que solo, sé que ya no soy oy oy oy*—gritamos a todo

pulmón.

—Ohhhhhh—grita Samuele detrás de nosotros.

Dios mío, no lo hemos oído y ha presenciado la pequeña escena que hemos montado.

—Tengo la novia más loca del mundo—Matteo se acerca y me besa haciéndome reír. La música sigue inundando la casa y los cuatro bailamos, saltando por el suelo.

Matteo me abraza y me regala otro beso apasionado.

—¡Vayan a la habitación!

Me da risa cuando Samuele nos empuja hacia la puerta de mi habitación. Nos arroja adentro y cierra con llave. Nos quedamos perplejos mirando la puerta de mi habitación.

—Este está loco—comenta Matteo.

Nos miramos solo por un momento y luego nos lanzamos el uno sobre el otro. Por la emoción de juntarnos como animales, él me arrastra hacia la cama, pero no acertamos. Caemos ambos al suelo, él debajo y yo encima.

Estallamos en risas y no podemos parar. Matteo se masajea el trasero y yo me quedo doblada de risa en el suelo con lágrimas en los ojos y el vientre que comienza a dolerme.

Nunca he sido tan feliz. Esta Mia me vuelve loca y solo él ha logrado sacarla.

Él vuelve serio, se incorpora ligeramente, busca mi rostro y lo acaricia con una mano.

—Toma una maleta y echa dentro algunas prendas, te llevaré a hacer un viaje de luna de miel adelantado—me besa rozando apenas mis labios.

—¿De verdad? ¿Y a dónde me llevas?—digo entusiasmada.

—Es un secreto. ¿Cuánto tardas en preparar las maletas?

—¡Un segundo!—Me levanto de un salto y corro hacia el armario.

Tiro abajo la maleta blanca, inmaculada, y meto dentro algunas prendas asegurándome de no hacer ni una sola arruga.

—¿A un lugar cálido o frío?—pregunto en medio del pánico.

—Mmm...—Él también se levanta y comienza a mover de un lado a otro las perchas con mis prendas perfectamente planchadas.

Toma un par y las arroja a la maleta arrugándolas.

—¡Así las arrugas!—chillo con un tono histérico.

—¡Mi niña perfecta!—Se burla lanzándose sobre mí para intentar robarme un beso.

—Entonces, ¿a dónde me llevas?—insisto. ¡Estoy demasiado curiosa!

—No te lo digo—hace una pausa, me mira largamente y luego agrega, —lleva también el traje de baño—. Me guiña un ojo.

¿Traje de baño? Entonces iremos a un lugar donde haga calor y sol, todo lo que quisiera ahora. Tumbarme en la orilla del mar mientras bebo cócteles.

—¿Tomaremos el avión?—pregunto saltando como una tonta.

—Por supuesto, ¿o quieres llegar a las Maldivas en coche?

¡Maldivas? ¡Oh Dios mío, iré a las Maldivas! Finalmente. Se acerca nuevamente en busca de mi boca que encuentra de inmediato. Y me pierdo en este beso que sabe a amor, a esperanza y ganas de estar juntos.

Ahora, ¿por qué no?, también para siempre.

Epílogo



Varada como una sirena medio aturdida, me quedo en la orilla tumbada sobre la arena caliente, en una pose que haría envidia a una modelo cotizada. Con la mirada perdida en un mar límpido, mi atención es capturada varias veces por el Bungalow que hemos alquilado. Aunque todo fue organizado por mi Matteo. Nunca había estado en un lugar así. Solo había visto las fotos en internet y babeado hasta más no poder porque siempre había deseado estar donde estoy ahora. No había planeado mi amor, siempre me imaginé sola, pero la realidad supera con creces la fantasía y estar con él en este lugar llena mi corazón de alegría. Matteo sale de nuestra alojamiento con el torso desnudo y se estira antes de voltearse en mi dirección y caminar por el muelle con paso felino para alcanzarme. Debajo solo lleva un pantalón de lino suave que deja al descubierto esas adorables hoyuelos en el vientre. Siento de inmediato una oleada de calor y espero que venga hacia mí. Le regalo una gran sonrisa y siento que tengo los ojos en forma de corazón.

—Hey, sirena, pensé que te habías escapado—. Se inclina y se tumba sobre mí.

—¿Y a dónde debería ir?—ríe mientras le doy un masaje en la espalda.

—No lo sé, tal vez te hayas arrepentido y ya no quieras casarte conmigo—. Sé que no tiene dudas sobre mi amor y que realmente no piensa que me habría escapado de él. No iría a ninguna parte sin mi Matteo.

—¿Vamos a nadar? Pero esta vez trata de silenciar tu instinto suicida—. Todavía se burla de mí por el chapuzón que di en su piscina.

—De todos modos, ¿me salvarías de nuevo, verdad?—pregunto parpadeando como una cervatilla.

—Siempre...—Me levanta en brazos y corre por el muelle para luego lanzarse rápidamente al agua conmigo aferrada a su estatuario cuerpo.

Nos sumergimos un metro bajo el agua fría y nadamos el uno hacia el otro como en esas películas de amor. Él me alcanza y nos besamos bajo el agua. Emergemos y seguimos besándonos. Un beso apasionado. Un beso que aturde. Un beso que desnuda mis sentimientos.

Lo amo, sí, lo amo. Y no pensé que lo lograría.

Evité el amor como la peste, pero al final me persiguió y me capturó. Siempre imagino nuestro futuro así, enamorados y felices.

Ahora solo me queda organizar una boda digna de nuestro amor, de cuento de hadas. Y el negocio amor de mi vida está hecho, atrapé al hombre más sexy de Milán y sus alrededores.

Dime que no estoy soñando, porque de un sueño así no querría despertarme por nada en el mundo.

Biografía

Jennie Green es el seudónimo de una autora italiana. Nacida en 1982. Vive en las afueras de Roma con su pareja, dos hijos, un gato y un perro. Hizo su debut en el mundo de la escritura en 2010.

Se define como una lectora compulsiva y adicta a las series de televisión.

Tiene varios libros en preparación, entre los cuales se encuentra el tercer volumen de la serie *Autumn in Love*.

Contacto

Facebook: Jennie Green
Página de Facebook: Jennifer Green
Instagram: jennie_green.author
TikTok: @author_jennie.green

Correo electrónico: jennifergreenauthor@gmail.com

Índice

[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Epílogo](#)
[Biografía](#)
[Contacto](#)